

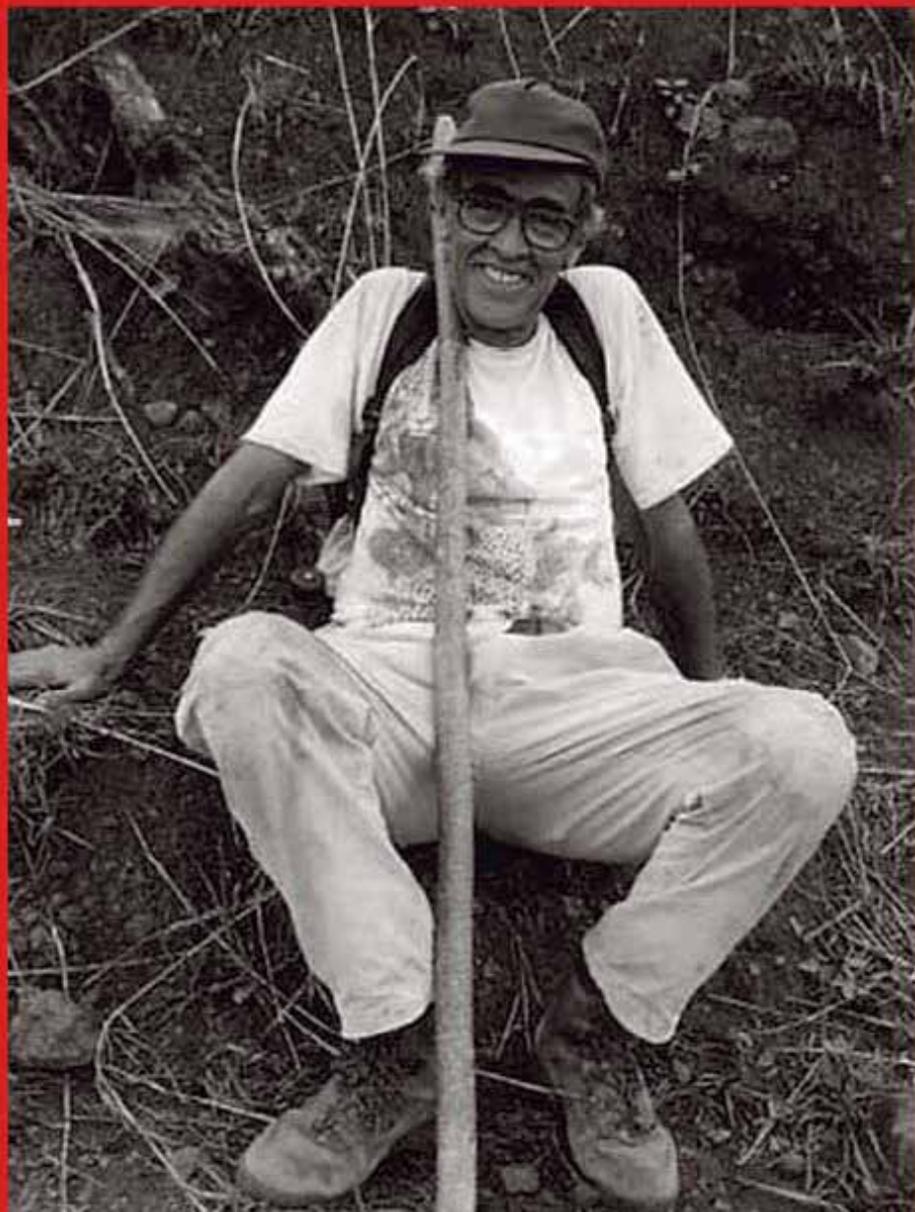


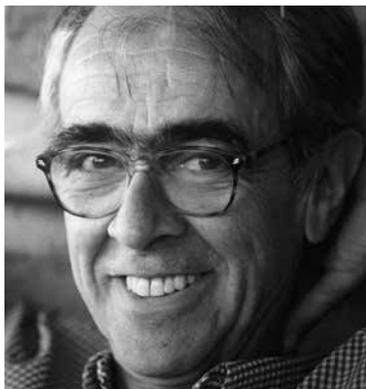
Segunda edición

En homenaje a Ralph Sprenkels, quien partió a la eternidad el 14 de septiembre de 2019.

Caminar con el Pueblo

Entrevista con Jon Cortina





Jon Cortina

Hoja de Vida

- 1934 (8 de diciembre). Jon Cortina nace en Bilbao, País Vasco.
- 1955 Llega a El Salvador como novicio de la Compañía de Jesús.
- 1973 Luego de haber estudiado Ingeniería, Filosofía y Teología en varios países del mundo, regresa a El Salvador para integrarse a la Universidad “José Simeón Cañas” (UCA).
- 1977 Sucesor del asesinado sacerdote Rutilio Grande en la parroquia de Aguilares.
- 1981 Sale de Aguilares y se integra a la parroquia de Jayaque, La Libertad.
- 1987 Se integra a la parroquia de San Francisco Lempa, en Chalatenango, y comienza a atender semanalmente a las repoblaciones de Chalatenango.
- 1989 (16 de noviembre). El ejército salvadoreño asesina a los hermanos jesuitas de la UCA. Jon sobrevive por encontrarse en Chalatenango en este momento. Luego de este hecho Jon se traslada a vivir los últimos años de la guerra a tiempo completo en las comunidades de Chalatenango. Toma residencia en la comunidad de Guarjila, donde se quedaría viviendo hasta el final de su vida.
- 1992 Convence a la Comisión de la verdad de visitar Chalatenango, para conocer de primera mano las comunidades golpeadas por el conflicto y la represión.
- 1994 Funda, junto con un grupo de familiares y colaboradores, a la Asociación Pro-Búsqueda de Niñas y Niños Desaparecidos.
- 2005 (24 de noviembre). Sufre un derrame cerebral mientras participa en una conferencia en Guatemala en representación de Pro-Búsqueda.
- 2005 (12 de diciembre). Fallece en el Hospital “Nuestra Señora del Pilar” en la Ciudad de Guatemala.

Índice

En homenaje a Ralph Sprenkels	3
<i>por Alfredo Vicente Ramírez</i>	
Presentación.....	4
<i>por Ralph Sprenkels</i>	
Caminar con el Pueblo	10
<i>Entrevista con Jon Cortina</i>	
<i>por Ralph Sprenkels</i>	
Reflexión por un amigo jesuita	60
<i>Por el Padre Miguelito Vásquez</i>	
Reflexión de un sacerdote amigo.....	63
<i>Por el Padre Tilo Sánchez</i>	
Jon, un maestro, un compañero, un amigo	66
<i>Por Francesc Angel.</i>	

Caminar con el pueblo.

Una entrevista con Jon Cortina.
Por Ralph Sprenkels.

Ediciones Populares, San Salvador: 2009.

Segunda Edición, septiembre 2019.
En homenaje a Ralph Sprenkels

Edición: Ralph Sprenkels.

Arte, diseño y levantamiento de texto: Miguel Ruíz.

Producción y coordinación: Ramón Suizo.
Contacto: hastasiemprefidel26@yandex.com

Fotografía portada: Jon Cortina regresando de la conmemoración de la masacre de Sumpul. Fotografía de contraportada: Jon Cortina con Monseñor Romero en el entierro de Rutilio Grande, Manuel Solórzano y Nelson Rutilio Lemus.

SE INVITA A LA REPRODUCCIÓN SIN FINES DE LUCRO DE ESTE MATERIAL

En homenaje a Ralph Sprenkels

“Rafa” siendo estudiante de 22 años llegó de su país natal, Holanda a El Salvador en 1992 y conoció a Jon Cortina, Sacerdote Jesuita que acompañó a la población de Chalatenango durante a guerra:

“Participé con él en el equipo de derechos humanos que realizó el trabajo de recopilación de testimonios de las comunidades de Chalatenango para la Comisión de la Verdad. Este trabajo me impactó tanto que decidí quedarme para trabajar junto con Jon en la promoción y defensa de derechos humanos. En este momento, uno de los casos que tomamos para priorizar fue el de los niños y niñas desaparecidos, debido a la insistencia de los familiares de querer emprender la búsqueda de sus hijos e hijas luego de que la Comisión de la Verdad no les ayudara a resolver sus casos. Durante los próximos 10 años trabajé muy de cerca con Jon y participé con él en la fundación de la Asociación Pro-Búsqueda de Niñas y Niños Desaparecidos; un proyecto que nos marcó la vida a Jon y a mí, y a mucha gente más que participó y aún participa de este esfuerzo”.

“Rafa” junto con Jon formaron un duo, de los mejores, comprometidos con la historia y con las personas sobrevivientes del conflicto armado. La primera trinchera que mantuvieron estaba en Chalatenango, luego se desplazaron a otros departamentos recogiendo testimonios en la búsqueda de sus hijas e hijos desaparecidos en la guerra.

“Rafa” supo leer en los ojos de madres, padres y hermanas y hermanos de niñas y niños desaparecidos, la necesidad de conocer su paradero. Y fue junto con Jon el promotor de “El día más esperado” en donde muchas familias se juntaron, lloraron, se mezclaron en abrazos eternos cuando vieron llegar a ese ser que estaba “perdido” y que se preguntaban si estarían vivos después de haber sido secuestrados en los montes o raptados de las casas por militares de la Fuerza Armada durante los operativos de “Tierra arrasada”. “Rafa” fue promotor y testigo de esos grandes encuentros de niñas y niños con sus familiares.

Esas niñas y niños guardarán en la memoria a ese hombre gigante de ojos claros que llegó de Holanda, que se conmovió con nuestra historia y terminó comprometido con este pueblo.

“Rafa” se ha quedado para siempre en el corazón de muchas familias salvadoreñas este 14 de septiembre, de 2019. Deja un calor familiar, de amigo y paisano en esta lucha por la vida.

Gracias “Rafa” por tan esencial aporte a la Vida.

Alfredo Vicente Ramírez

Presentación

por Ralph Sprenkels

Jon Cortina fue un hombre prodigioso que tocó la vida de mucha gente en El Salvador. Llegó al país como novicio en 1955, pero salió a los pocos años para continuar sus estudios en Ecuador, Estados Unidos, Alemania y España. Cuando regresó al inicio de la década de los setenta para establecerse en El Salvador, Jon era un ingeniero con una formación excepcional. Él puso esta formación al servicio de la UCA y de su departamento de ingeniería, formando centenares de ingenieros salvadoreños a lo largo de los años. Solamente este esfuerzo académico hubiera dado para poder relatar una vida extraordinariamente productiva y entregada. Pero Jon hizo mucho más. Si a alguien se le puede aplicar la palabra “incansable”, debe ser a él. Su tiempo “libre” estaba enteramente dedicado a acompañar las comunidades campesinas del país y ayudar en lo que pudiera ayudar, desde atención religiosa y consuelo espiritual hasta la gestión de proyectos productivos, de salud, de educación y de agua.

Sin embargo, para él el aspecto más importante de su labor pastoral siempre fue caminar a la par del campesino, aprender de ellos y ellas, compartir la vida con ellos y ellas. El compromiso de Jon con la gente de las comunidades era espiritual, vivencial y político. Espiritual en el sentido que para él el espíritu de Dios estaba presente en los pobres de El Salvador; él lo reconocía, lo elogiaba y lo atesoraba. Cuidaba a este espíritu con un amor profundo y lo cultivaba como una preciosa flor. Vivencial en el sentido que él no concebía trabajar por los pobres sin convivir con ellos, sin ser una parte cotidiana de su mundo, de sus alegrías, sus tristezas y, sobre todo, de sus luchas. Y político, en el sentido que él luchaba activa y públicamente en contra de las estructuras de explotación y dominación originadoras de la pobreza y en contra de cualquier atropello de la dignidad de los pobres, aunque este compromiso lo convirtiera en un perseguido político.

A modo de presentación de la entrevista, un par de antecedentes sobre la relación entre Jon y su entrevistador: yo tuve el privilegio de conocer a Jon en 1992 cuando yo era un estudiante de apenas 22 años, recién llegado a El Salvador procedente de México. Participé con él en el equipo de derechos humanos que realizó el trabajo de recopilación de testimonios de las comunidades de Chalatenango para la Comisión de la Verdad. Este trabajo me impactó tanto que decidí quedarme para trabajar junto con Jon en la promoción y defensa de derechos humanos. En este momento, uno de los casos que tomamos para priorizar fue el de los niños y niñas desaparecidos, debido a la insistencia de los familiares de querer emprender la búsqueda de sus hijos e hijas luego de que la Comisión de

la Verdad no les ayudara a resolver sus casos. Durante los próximos 10 años trabajé muy de cerca con Jon y participé con él en la fundación de la Asociación Pro-Búsqueda de Niñas y Niños Desaparecidos; un proyecto que nos marcó la vida a Jon y a mí, y a mucha gente más que participó y aún participa de este esfuerzo.

En el año 2000 comencé a escribir un libro sobre aquella tremenda y maravillosa experiencia de lucha por el reencuentro por los niños y niñas desaparecidos. La entrevista que se presenta en esta publicación la hice con el fin de contar con un insumo testimonial de parte de Jon para dicho libro. La entrevista se realizó en dos sesiones en el mes de noviembre de 2000 en San Salvador. Para los fines del libro, esta extensa entrevista base se amplió después con una serie de pequeñas entrevistas complementarias, y con revisiones conjuntas de los pasajes del libro que se referían a la experiencia personal del propio Jon. El libro fue publicado bajo el nombre “El día más esperado: buscando a los niños desaparecidos de El Salvador” (UCA editores, 2001). Sin embargo, el objetivo de “El día más esperado” no era contar la vida de Jon Cortina; era el de contar la historia de los niños desaparecidos y sus familiares. Por ende, el formato de libro no permitía reflejar toda la riqueza de la historia personal que Jon fue trazando en esta conversación de noviembre de 2000.

Luego de la publicación de “El día más esperado”, hablamos con Jon sobre la posibilidad de usar la entrevista que leerán a continuación como una base para un testimonio de vida, complementando el texto con pláticas adicionales sobre otros aspectos de la vida de Jon que no habían sido tomados aún en cuenta en las grabaciones. Aunque él no rechazaba la idea, tampoco le parecía un esfuerzo que tuviera una importancia prioritaria. Jon nunca fue una persona interesada en figurar y tener protagonismo personal. Le incomodaba que la gente lo pusiera en un pedestal. Pensaba que podía ser interesante ampliar su testimonio siempre y cuando la historia principal fuera la de la gente de las comunidades, y no la de su persona. Entre actividades y emergencias, el proyecto de ampliar su testimonio se fue posponiendo. Y en eso llegó el mes noviembre del 2005 cuando un derrame fulminante que le dio mientras asistía a una conferencia en Guatemala le hizo entrar a un coma del cual ya no se pudo recuperar. Jon murió en el hospital “Nuestra Señora del Pilar” de Guatemala el día 12 de diciembre del 2005. Su muerte provocó una inundación de manifestaciones de luto y su entierro se convirtió en uno de los actos más multitudinarios y emotivos de los que se tiene memoria en la UCA.

La persona que me convenció que la entrevista merecía ser publicada aún sin los complementos que le habíamos querido hacer originalmente fue Ramón Suizo. Ramón es un ávido promotor del trabajo de memoria histórica en las comunidades y entre los compañeros y las compañeras



Jon Cortina junto con Ralph Sprenkels en la oficina de Pro-Búsqueda en 1999.
Foto: Don Doll, S.J.

que participaron de las gestas de la guerrilla y la organización popular. Ramón también es un archivo andante de la revolución salvadoreña. Gracias a él y a incontables compañeros que le han colaborado a través de los años, hoy se conocen los nombres y los rostros de muchos compañeros y compañeras que dejaron la vida en la lucha por alcanzar un mejor El Salvador. Él fue la persona que insistió en la necesidad de aprovechar la entrevista con Jon para hacer una publicación de homenaje. La idea me pareció muy buena y oportuna desde un inicio. Y Ramón le dio la vitalidad necesaria con sus insistencias para llevarla a la práctica en el menor tiempo posible. En buen salvadoreño: jodió y jodió hasta que tuviera la entrevista revisada y editada.

En este sentido, la edición técnica que se le ha hecho a la entrevista es muy leve: solamente constata de eliminación de repeticiones y confusiones o interrupciones entre el entrevistador y el entrevistado. Además se incluyen algunas aclaraciones y correcciones que el mismo Jon hizo en el momento de discutir el texto con él. Aparte de esto, el texto se mantiene lo más fiel posible a la conversación original.

En la entrevista se tratan fundamentalmente cuatro períodos en la vida de Jon: su introducción y sumergimiento en la realidad salvadoreña, su época en Aguilares después de la muerte de Rutilio Grande, su acompañamiento de las comunidades de Chalatenango durante la guerra, y sus luchas en Pro-Búsqueda en la época de la posguerra. Esto dicho, también se hacen evidentes las múltiples omisiones importantes que tiene la entrevista. La primera y más evidente es la del departamento de ingeniería de la

UCA. Jon amaba la carrera de ingeniería, e invirtió en el departamento de ingeniería de la UCA fácilmente la misma cantidad de tiempo de la que invertía en las comunidades. Recuerdo por ejemplo que en el año 1999, Jon estaba a la cabeza de Pro-Búsqueda y simultáneamente metido en la gestión de un sinfín de proyectos para Guarjila y otras comunidades, y sin embargo él, a la vez, daba una cantidad importante de clases en la universidad y se había metido por iniciativa propia a escribir un elaboradísimo manual de matemática aplicada. El amaba profundamente a su profesión y a “su” departamento de ingeniería en la UCA, y la única razón que no aparece en la entrevista es porque no nos pusimos a hablar de este aspecto de su vida. Lo mismo se puede decir en relación a su vida y participación en la Compañía de Jesús. Si bien tenía en ciertos momentos sus diferencias con algunos compañeros jesuitas, él quería y admiraba mucho a la mayoría de sus colegas y compartía una vida en comunidad muy importante con ellos.

Otra omisión importante de la entrevista son sus actividades en Jayaque durante la guerra y en Guarjila y otras comunidades en la posguerra. Para Jon la comunidad de Guarjila era su hogar, el pedacito de tierra donde él pertenecía más en este mundo. Llevaría demasiado lejos enumerar acá todas las cosas importantes, grandes y pequeñas, en las cuáles Jon participó en Guarjila antes y después de los Acuerdos de Paz. Incluso existe un libro de testimonios de la gente de Guarjila que da fe de esta convivencia comunitaria tan especial entre Jon y la comunidad. Se llama “Con Jon Cortina Dios pasó por Guarjila” y fue editado por la Asociación Pro-Búsqueda de Niñas y Niños Desaparecidos. Otro aspecto de su vida comunitaria en Chalatenango fue el amor y el apoyo que siempre le brindó a Tiempos Nuevos Teatro (TNT), grupo teatral y de educación cultural nacido en San José Las Flores en 1993. Jon fungió durante varios años como presidente de la Junta Directiva de TNT. También habría que mencionar su relación con las Fuerzas Populares de Liberación (FPL), integrante del FMLN y organización guerrillera y política a la que Jon le tenía un gran cariño. Jon había visto crecer y empoderarse, desde el movimiento campesino, a muchos de los cuadros políticos que ayudaron a convertir a esta organización en una fuerza político-militar fundamental para la transformación del país.

Otra omisión importante consiste de su relación con su país natal. Sentía un gran orgullo y aprecio por su familia y por sus raíces vascas. El cultivaba una relación constante con su identidad vasca, tenía muchísimas amistades vascas y seguía fielmente al Athletic de Bilbao, aunque fuera por radio. En los últimos años de su vida no dejaba de hablar de la maravilla del edificio del Guggenheim en Bilbao y de lo lindo que estaba “su” ciudad. A pesar de las distancias, él nunca dejó de sentirse parte de su familia y de su tierra de origen.

La enumeración anterior, todavía bastante incompleta, de diferentes aspectos de la vida de Jon dan una idea de lo extraordinariamente prolífico y multifacético que era este hombre. Jon no solamente tuvo varias vidas en el sentido que su compromiso y su pasión le daban la fuerza para hacer muchísimo más en los años que vivió de lo que corresponde a una sola vida humana. Además de eso, tuvo varias vidas en el sentido de haberse salvado milagrosamente de una muerte que fue diseñada para él en múltiples ocasiones por parte de cuerpos militares y paramilitares. En la entrevista Jon cuenta varios de estos episodios donde, con la ayuda de los pobladores, logró burlar la muerte.

La vida de Jon y los episodios que relata en la entrevista son el vivo testimonio de la historia de la segunda mitad del siglo XX de El Salvador. No de la historia oficial del país, si no de la historia vivida al lado de las comunidades pobres. No es la historia de las grandes batallas y de los “grandes” dirigentes. Lo que Jon relata en esta entrevista es la historia de lo que significó el movimiento revolucionario para los campesinos, y de cómo el movimiento campesino y la guerra que rompió después marcaron la vida de estas comunidades hasta hoy en día. También relata la historia del compromiso y la lucha que significó la teología de la liberación en El Salvador y el papel de los jesuitas en esta lucha. Y a través de todas estas historias suena una voz que los que la conocimos no la podemos dejar de atesorar. La voz de un hombre extraordinariamente valiente y humilde que cultivó la flor de su vida junto con los pobres de El Salvador.

Espero que la presente publicación sirva para conocer y difundir más sobre Jon Cortina y sobre las luchas y las gentes (como Jon solía decir) que él acompañó. Para terminar, quiero agradecer esfuerzo de tres sacerdotes muy amigos de Jon Cortina: Miguelito Vásquez, Tilo Sánchez y Paco Ángel. Con sus reflexiones sobre la entrevista nos comienzan a perfilar la inspiración vital y permanente que dejó Jon tanto en las comunidades como en la iglesia. Ramón y yo pedimos perdón por nuestra insistencia a la hora de los tiempos de entrega de los textos. Sabemos que hay emergencias, necesidades y luchas que atender. Pero en ocasiones, la memoria tiene prisa y urgencia. Consideramos que este modesto pero sentido homenaje a nuestro querido Jon Cortina era una de estas veces.



Jon mientras estudiaba ingeniería en San Luis, Missouri, Estados Unidos.
Foto: Cortesía familia Cortina.

Caminar con el Pueblo

Entrevista con Jon Cortina

por Ralph Sprenkels

RS/ Comencemos por cómo fue que llegaste a El Salvador. ¿Ya eras jesuita?

JC/ Ya era jesuita. Tenía 20 años y ya había estado tres años en la Universidad. Me mandaron para aquí. Llegué el 14 de septiembre del año 55. Yo llegué al noviciado, en una fase de la formación jesuita donde estás aprendiendo qué es la Compañía de Jesús, qué son los jesuitas, cómo funciona la labor religiosa en la práctica. Es la etapa que sirve para ver si te decides a dar el paso final y hacer los votos. Mi primera llegada fue Santa Tecla, que era entonces una ciudad bonita, bastante fresca y bien forestada. Todavía había calles de tierra, gran parte no estaba todavía pavimentada.

RS/ ¿De dónde partiste?

JC/ De España, Bilbao.

RS/ ¿Por qué los jesuitas de Bilbao mandaban gente a El Salvador?

JC/ Aquí se estaba empezando de nuevo con el noviciado. Los jesuitas que antes habían estado aquí, hace muchos años, el siglo antepasado, fueron expulsados. Muchos años después empezaron a llegar unos pocos que fundaron el Externado (Colegio Jesuita de El Salvador). Luego habían personas acá que quería entrar a ser jesuita. Como no había noviciado tenían que salir fuera. Entonces, los jesuitas decidieron formar el noviciado. Y el primer grupo que llega para fundar el noviciado es el grupo de Ellacuría. Este grupo sirvió para constituir el noviciado, porque no había suficientes novicios de acá.

RS/ ¿Los novicios estaban haciendo eso con la idea de que iban a convertirse después en salvadoreños y quedarse acá?

JC/ Sí, nos íbamos a convertir en centroamericanos. Cada año mandaban un grupo. Los grupos anteriores a mi fueron vascos fundamentalmente todos. Y después de mi grupo hubo siete años más de que mandaban seis, siete u ocho. Cuando ya empezaban a entrar más centroamericanos, entonces ya disminuyó la cantidad de los que venían de España. En aquel tiempo había mucho nicaragüense que venía al noviciado. Una provincia de los jesuitas en España solía tener como un hermanamiento con otra región en el mundo. Nosotros la teníamos con Centro América y así es como yo llegué aquí.

RS/ ¿Muchos de los que llegaron en esa época regresaron después al país vasco o a otro lugar?

JC/ No, la mayoría de ellos salieron de la Compañía y dejaron de ser jesuitas. Pero los demás estamos aquí. Luego ya no entraron jesuitas de España, salvo algunas excepciones, como el Padre Tojeira. Él no estuvo en el noviciado acá. El caso de Tojeira, y de algunos otros, es un caso especial. Por la provincia española en la que habían entrado a la Compañía tenían un pequeño hermanamiento con Honduras. Los jesuitas en Honduras tenían dos grupos de jesuitas que llegaban: los norteamericanos de la provincia de Missouri y algunos otros de la provincia de Castilla y León. Un tiempo Honduras operaba un poco aparte de la provincia centroamericana de los jesuitas. En un momento dado se vio que era una locura que Honduras estuviese por un lado y el resto de Centro América por otro, y se decidió unificar todo.

RS/ ¿Cómo era el noviciado?

JC/ Nosotros en la parroquia de El Carmen ayudábamos con el catequismo y con algunas cosas que pudiesen hacerse dentro de la misma parroquia. En el noviciado nos dedicábamos fundamentalmente a estudiar y aprender lo que era la Compañía de Jesús; el tipo de vida, las opciones que habían, las reglas que habían, todo eso.

RS/ ¿Y estudiabas a dónde?

JC/ Allí mismo en el noviciado había un Padre, que se llamaba el Maestro de Novicios, que se encargaba de enseñarnos todo lo que tuviera relación con los jesuitas y la legislación jesuítica. También nos empezaban a meter latín y griego, porque entonces latín era tremendamente importante, así como el griego se consideraba fundamental para la formación humanística. Así que nos dieron una formación clásica. Y cuando ya íbamos un poco más avanzados, pues me mandaron a continuar el estudio en Ecuador, porque aquí todavía no existían los materiales para poder tener acceso a una literatura más completa para una formación en humanística. Estando yo en Quito estudiando Humanidades, me dijeron que fuese a Estados Unidos a estudiar Ingeniería y Filosofía. Así que eso fue el siguiente paso. Pero yo seguía perteneciendo a la provincia centroamericana de los jesuitas.

RS/ No estaba la UCA todavía, pero ¿los jesuitas tenían la proyección de hacer una universidad en El Salvador?

JC/ Bueno, la primera Universidad en Centro América que llevan adelante los jesuitas es en Nicaragua, la UCA de Managua. De hecho la UCA de Managua era la única que existía en ese entonces y en un primer momento yo iba a ir a Managua. Lo que pasó es que hubo un grupo

de familias en El Salvador, gente que no quería mandar a sus hijos a la Universidad Nacional. Eran familias decían que la Universidad Nacional era marxista y querían mandar a sus hijos a un lugar seguro, lejos de contaminaciones ideológicas. Así que en el 65 se creyó la UCA de El Salvador.

RS/ ¿Seguramente eso también tendría que haber estado dentro de los planes de los jesuitas?

JC/ Todo lo que sea educación y formación es una parte integral del quehacer jesuítico. En Estados Unidos creo que hay 18 universidades jesuitas. Colegios hay por todas partes. Todo lo que ha sido la educación de los jóvenes ha sido como una prioridad para la Compañía de Jesús.

RS/ ¿Cuales fueron las impresiones más importantes de tus primeros años en El Salvador?

JC/ En un primer momento me impresionó mucho las diferencias que había entre las distintas gentes. Al pasar por el mercado en Santa Tecla y tal vez comparar con algunas de las cosas que se veían en las partes más pudientes de San Salvador, como las casas, los colegios, incluido el colegio de los jesuitas; me sorprendía que hubiese tales diferencias entre ricos y pobres.

Sin embargo, yo no tenía ninguna formación marxista. Yo había sido un muchachito piadoso, estudioso y bondadoso. Bueno, bondadoso no sé, pero había estudiado mucho. Tenía una formación cristiana producto del colegio, después de la congregación y de los grupos cristianos. Una buena formación cristiana, pero en ningún momento nada extraño, ni nada de izquierda, en absoluto.

Hay una cosa... acuérdate que yo venía de lo mejor de la dictadura de Franco y es cierto que nosotros como vascos sufríamos una represión brutal. Por eso, para mí, de alguna manera venir a Centro América fue una liberación; poder salir de aquella represión tan fuerte que había en España entonces. Pero una vez estando acá noté que yo, tal vez por ser jesuita, estaba más del lado opresor, porque los que oprimían eran aquellos con los que muchas veces nosotros tratábamos. Notaba cómo en las familias de dinero se trataba a la servidumbre en las casas, cómo se trataba a los trabajadores. Me impresionó mucho los trabajadores que contrataban para cortar café. Cuando yo salía a la calle platicaba en ocasiones con ellos y me contaban lo poco que les pagaban y de lo difícil que era conseguir trabajo.

RS/ ¿Los jesuitas de El Salvador en esa época tenían mayor relación con la clase pudiente?

JC/ ¡Absolutamente! En aquel momento, de las famosas 14 familias muy ricas de las que siempre se hablan en este país, 10 de aquellas familias tenían miembros que estaban pasando o habían pasado por el Externado (Colegio de los Jesuitas).

Otra cosa que me impresionaba era cuando veía que los papás iban a recoger a sus hijos en el Externado y se bajaban de un jeep muchas veces con la pistola colgada en cinturón. Una vez me llevaron a una cena porque iba a haber una tanda de ejercicios para los muchachos de último año del Externado. El Padre que les daba los ejercicios les pidió las pistolas. ¡Muchachos de 17 años! Yo tenía 20, y yo nunca había tenido una pistola en mis manos. Cuando el Padre pidió las pistolas, yo dije “¡a este padrecito se le sobaron los cables, está loco!”. ¡Imagínate el susto cuando los muchachos comenzaron a sacar las armas! ¡De los aproximadamente 35 muchachos que habían, me dieron 27 pistolas! Yo tenía que custodiarlas, en un cuartito tenía una gaveta. Aunque no cabían ahí, tenía que ocupar la mesa también.

Todo ese tipo de cosas me fue haciendo como ver que era un mundo diferente. Lo primero que había unas grandes diferencias, que había mucha pobreza con muchísima riqueza. Y después que había mucha impunidad también. ¡Todos estos muchachitos del colegio de los jesuitas iban armados! Cuando les pregunté ¿y por qué van armados? Me contestaron que era necesario por si algún pobre, algún campesino -dijeron- los podía asaltar. Era para defenderse.



De izquierda a Derecha Jon Cortina, Agustín Udías y Jon Sobrino.
Foto: Cortesía familia Cortina .

Entonces yo me dije a mi mismo: aquí ¿qué es lo que está pasando? Hay una serie de oposiciones entre estos grupos sociales y no comulgan entre ellos, no tienen ideas comunes, no hay convivencia. Algunos se sienten como dueños del circo y los otros son los trabajadores del circo. Pero el dueño es él que tiene como la primacía, como la superioridad, y los otros simplemente son sirvientes, sirvientes del circo.

RS/ ¿Cuándo empezaste con con el noviciado, ustedes visitaban las comunidades pobres?

JC/ No. En aquel tiempo se iba poco a las comunidades, no se iba nada.

RS/ ¿En qué momento se dio tu primer contacto con lo que se pudiera llamar comunidades en América Latina?

JC/ Empecé a ir cuando estaba estudiando Humanidades en Quito. Empecé a ir los sábados a un pueblito indígena. Todos ellos hablaban quechua. Yo no hablaba quechua y tampoco lo aprendí. Algunos hablaban también castellano y allí empecé a ir. Fue muy diferente a los que sería una inserción a una comunidad hoy, muy diferente a como lo hacía después acá en El Salvador. Allí iba fundamentalmente a dar catecismo a los niños. Durante esos 3 años que estuve en Quito, di catecismo a los niños de aquel lugar. De vez en cuando trabajaba con algunos jóvenes, a hablar de algún tema que el responsable me indicaba, pero fundamentalmente trabajé con los niños.

RS/ ¿Bajo qué concepción se empezó este contacto con las comunidades. Fue algo meramente religioso o contaba también con un enfoque social?

JC/ Al principio fundamentalmente fue religioso. Al mismo tiempo en Europa empezó a ponerse de moda, por así decir, un estilo de trabajo menos religioso y más social. Ya eran los 60. Pero aquí todavía no había mucho. El trabajo en las comunidades creció después de Medellín '68 (2da conferencia general del Consejo Episcopal Latinoamericano). Antes era posible que un Padre -por ejemplo- que estaba dando clases en el Externado ya tuviera una relación con comunidades como la Chacra, la Tutunichapa o una de éstas, o incluso que participase en una toma de tierras para una comunidad que no tenía donde asentarse. Pero no era lo común, no era frecuente, no era lo usual. Sin embargo, después de Medellín muchos en la iglesia reconocieron la necesidad de ir más a las comunidades. Y ahí empezó un proceso que nos afectó a todos: a las comunidades pero también al religioso que va a trabajar a la comunidad. Este trabajo es como una calle de doble sentido: tú das algo pero como persona y religioso también recibes muchísimo de las comunidades. Este proceso comenzó a raíz de Medellín, creo yo.

RS/ ¿Que significó esto para vos?

JC/ Yo me había dedicado a estudiar. Estudié mucho y me había ido muy bien en ingeniería, tanto en Estados Unidos, como en Canadá, como en España. Y yo creía que desde la ingeniería iba a poder hacer muchas cosas y cambiar muchas cosas en El Salvador. Yo estaba convencido que se podía hacer mucho para aliviar los problemas de vivienda. Aunque tenía una visión de trabajo muy desde arriba.

En 1974, con la destrucción causada por el huracán Fifi, me tocó ir por las quebradas sacando gente. La llevamos a la UCA. Entonces me encargaron atender a los damnificados, conseguir comida y cosas así. Había visto las quebradas en las que esta gente vivía, en unas condiciones deplorables. Y al final lo más curioso fue que les dieron un pedazo de tierra, y que había que hacer galeras para esta gente, que se les había caído sus casas. Entonces me dijeron a mí, como era ingeniero, que fuera a ver la construcción. El gran susto que me llevé fue que yo nunca había hecho un trabajo con madera, nunca. Yo tenía un doctorado y había trabajado en un montón de diferentes lados, pero no sabía construir una simple galera.

Eso me asustó y me hizo conciencia que no conocía lo suficiente al país. Comencé a ir a la comunidad de La Chacra los sábados en la tarde. Decía misa y luego salía a visitar los hogares, aquello era lo más miserable que había. Por primera vez también estuve a orillas del Acelhuate, sintiendo el hedor del Acelhuate. Las condiciones en que vivía la gente de La Chacra me impresionaron tremendamente, porque eso lo comparaba con los muchachos que yo había tenido toda la semana en UCA; bien perfumados y todo esto.

En el tiempo que yo estaba metido en La Chacra se dio aquel famoso edicto contra los jesuitas que nos daban un mes para salir del país. Corría por las calles el famoso slogan “Haz Patria, mata un cura”.

RS/ ¿En qué año fue eso?

JC/ 1976, 1977. Todavía no había organizaciones guerrilleras muy fuertes como tal, como las que iba a haber después. Comenzaban a crecer las organizaciones de masas. La primera serie de bombas que nos pusieron en la UCA fue en estos años. Se dio a raíz de un famoso editorial de Ellacuría en ECA, cuando el gobierno había querido encaminar una transformación agraria, pero la gente de FARO (organización de extrema derecha con vínculos paramilitares) y compañía la pararon. Cuando dio marcha atrás el presidente, Ellacuría escribió un editorial que se llamaba “A sus órdenes, mi capital”. Como consecuencia de este editorial el gobierno le cortó el apoyo financiero a la UCA, y vinieron las primeras bombas en las casas nuestras. Y vinieron las amenazas y todo este tipo de cosas.



Foto: Cortesía familia Cortina.

RS/ ¿Cuáles fueron las reacciones de los jesuitas después de las bombas?

JC/ Pusieron bombas en la UCA. Después, en la casa donde vivíamos, la primera vez nos pusieron trece bombas de un solo. Algunas eran hechizas y otras eran granadas adaptadas. De esas trece bombas reventaron cuatro y nos destrozaron la casa. Una cosa curiosa fue que la Policía Nacional había estado rondando el lugar toda la noche y era el primero que llegó después que reventaron. Entonces, el Provincial dijo que debíamos seguir por la línea de la transformación de fe y la defensa de la justicia. Y dijo que él que tuviese miedo de seguir viviendo en El Salvador, pues que se podía arreglar la salida. Pero nos quedamos todos. Me acuerdo que me dijo el Provincial: “¿tú quieres salir?”. “No, a donde voy a ir?” le dije. Ya me había encariñado con El Salvador, con la gente. La persecución se desencadenó contra la Iglesia en general, pero se focalizó bastante en contra de los jesuitas. Y eso nos unía más como jesuitas y como iglesia. Antes habíamos sido más francotiradores en nuestra labor social y por la justicia. En este momento se empezó a formar más cuerpo. La persecución y Las bombas nos aglutinaron. Se profundizaron las discusiones sobre el papel que teníamos que jugar. Tuvimos retiros muy seguidos. Trabajamos intensamente en ver que realmente decía el evangelio y la enseñanza de la iglesia y lo todo esto que significaba para nuestro papel en la situación que estaba viviendo el país.

RS/ ¿Hablaban de revolución también, o no usaban esta palabra?

JC/ No, todavía no se usaba este término de revolución. Se hablaba de cambio social.

JC/ Aunque empezaron a haber ya grupos armados que se atrevían a hablar de revolución, pero no era todavía el tipo de lenguaje que se usaba a nivel jesuítico. Algunos de los más jóvenes posiblemente sí, porque varios de ellos tenían vínculos con las organizaciones político-militares. En este entonces tres jesuitas jóvenes se incorporaron a la guerrilla.

RS/ ¿Esta decisión de los jóvenes impactó también, supongo, en la comunidad de los jesuitas?

JC/ Claro que nos impactaba. Nos hacía pensar mucho sobre qué era lo que estaba pasando. Nosotros, los mayores, para ellos éramos vistos casi como gente de derecha. A mí me hacía mucha gracia pensar que a Ellacuría los diarios nacionales le llamaban prácticamente la pata izquierda de Marx. Pero nuestros jóvenes muchas veces le tildaban de derechoso. Decían que Ellacuría tenía todavía muchas cosas que no comprendía sobre lo que era el pueblo y cuáles eran las necesidades del pueblo.

Lo cierto era que había un grupo de gente joven en la Compañía, más jóvenes que yo –en este entonces yo tenía un poco más de 40 años- que eran los que mejor conocían la situación de los campesinos y las comunidades y ellos eran los que más hablaban de trabajar más directamente con los campesinos. Yo hasta entonces nunca no me había planteado de una forma explícita hacer un trabajo a favor de la justicia social. Pero, como te digo, después del huracán Fifi, me vinculé directamente con la gente más pobre. Fue el momento que me di cuenta que, estando las cosas como estaban, mi conocimiento en El Salvador solamente iba a servir para aquellas personas que tuvieran acceso a construir una casa de concreto, a hacer un edificio o a financiar un puente. Yo había venido para colaborar en todo eso. Nunca se me había ocurrido aprender sobre la realidad de este país. Entonces por primera vez incluso se me ocurrió hacer explícita esta pregunta ¿cuál es la realidad del país? Y empecé a acordar cuáles fueron mis impresiones cuando llegué a El Salvador, de lo que contaban los cortadores de café, de la gente adinerada que andaba armas, de la gente que iba a buscar a sus hijos al colegio y se bajaban del jeep con una canana al lado y una pistola pegada a la cintura. Daba la impresión de que estabas en el oeste salvaje, solamente que en lugar de que los cowboys se bajaran de un caballo, se iban bajando de un jeep.

El caso es que en medio de esta situación que comenzaba a sentirse la persecución contra los jesuitas hubo un grupo de estudiantes jesuitas que querían ir a vivir en Aguilares con Rutilio Grande, y venir a aquí a clases en San Salvador. Ellos empezaron a vivir allá, venían diariamente a la UCA, y regresaban a diario. Fui un par de veces a Aguilares a verles y a Rutilio. No entendía muchas cosas todavía, pero se me ocurrió que tenía que salir de la ciudad, para conocer el país mayoritariamente agrario, campesino. Entonces el día 9 de marzo de 1977, Monseñor Romero acababa tomar

posesión de su cargo, hubo una reunión del clero. En este momento, en Aguilares ya había persecución a las comunidades vinculadas a la iglesia. En esta reunión fue cuando Rutilio Grande hizo un planteamiento a Monseñor Romero: “ Monseñor, yo tengo muchas ovejas que están en el monte, pero si usted dice que no hay persecución a la iglesia, que no se les está persiguiendo a mis ovejas, les voy a decir que bajen al valle”. Y Romero le dijo: “no, todavía tal vez no.” Y Rutilio contestó: “entonces quiere decir que se persigue a la iglesia?”. Y Monseñor Romero ya no dijo nada. Ese mismo día le pedí a Rutilio que me permitiese ir a trabajar con ellos los fines de semana en Aguilares, Me dijo que sí. Tres días después mataron a Rutilio. Después hay una represión tremenda en Aguilares. El ejército se tomó la iglesia de Aguilares y la tenía como cuartel. Cuando devolvieron la iglesia, yo empecé a ir a Aguilares.

RS/ ¿Los jesuitas te mandaron?

JC/ Los jesuitas me permitieron ir. El que era arzobispo entonces era Romero y él me pidió que fuese después. Había un párroco nombrado, pero estaba fuera del país todavía. Durante el tiempo que no hubo párroco, yo ejercí de párroco, yo ejercí de todo, era el único que estaba atendiendo. Y así empecé a conocer Aguilares y empecé a conocer a los campesinos y empecé a comprender por la forma de vida de los campesinos. Empecé a entender las formas en que los campesinos tenían de vivir su cristianismo, empecé a entender que aquella gente tenía mucho que decir. Por así decirlo: me fui enamorando de los campesinos. Acompañé todo el proceso de fortalecimiento de FECCAS (organización sindical campesina) y luego de UTC. Todo eso lo viví de cerca en Aguilares. Y a todo eso le ayudó mucho todo lo que monseñor Romero decía; todas las homilias; toda la enseñanza de Romero. Para mí, Monseñor Romero, aparte de ser una persona a quien admiro, fue un ejemplo y una inspiración y fue él que me hizo comprender realmente que lo que lo que significaba Medellín. Lo que significaba el evangelio era lo que Romero decía y lo que yo creía que tenía que hacer.

RS/ ¿Cuántas veces estuviste con Monseñor Romero en reunión?

JC/ Muchas veces.

RS/ ¿Recordás algunas conversaciones que tuviste con él?

JC/ Pues, hablábamos de todo. Pero recuerdo una vez que nos reunimos en Aguilares con los delegados de la palabra y les preguntó Monseñor Romero que pensaban ellos de los protestantes. Uno de los delegados le contestó, pero en vez de hablar de protestantes habló de “los hermanos separados”. Y dijo que Jesucristo, así como estaba con los brazos extendidos en la cruz, que quiere abrazar a todos y abarcar a todos, y no dejar a nadie fuera. A terminar la reunión me dijo Monseñor Romero:

“hay que ver qué lindos son nuestros campesinos. ¡Aprendo tanto de ellos! Qué lección me ha dado a mí este campesino hoy. Yo hablaba de los protestantes y él habló de “los hermanos separados” y después, qué lindo eso de cómo Cristo en la cruz abre los brazos para recoger a todos. Esa fue una conversación que tuve con Romero que recuerdo muy bien.

Acompañé a Monseñor Romero otra vez cuando había problemas en Chalatenango. En el camino la Guardia Nacional paró el carro. Lo revisaron y a Monseñor lo estuvieron insultando. Hasta le levantaron la sotana. ¡Le dijeron que querían ver si llevaba armas! Ese día estuvimos en San Miguel de Mercedes y en Los Ranchos porque había empezado ya un éxodo de gente de Los Ranchos hacia afuera a causa de la represión. Monseñor Romero iba a visitar a los refugiados de parte de la arquidiócesis. Y cuando regresábamos a San Salvador, yo iba manejando el jeep. En el Coyolito había un puesto donde vendían cocos. “Tomemos agua de coco”, nos dijo. A él le gustaba mucho el agua de coco. Pero al acercarnos vimos que a la par del puestecito de cocos estaba un grupo de la Guardia Nacional, con sus polainas y sus cascos. Le dije: “Monseñor, ahí está la guardia, acuérdesse de lo que sucedió en la mañana”. Y me dijo: “no tenemos que temer nada, no hemos hecho nada malo. Vamos a parar y a tomar agua de coco”. Y así fue. Todo el rato que estuvimos a la orilla de la carretera, los guardias nos miraron de reojo, pero no nos dijeron nada. Luego estuvimos comentado lo que habíamos visto en la mañana. La fe de la gente ante la situación tremenda de represión que se estaba viviendo.

RS/ La imagen que existe sobre cómo era monseñor Romero antes del 77 es la de un hombre que estudiaba, que leía libros y que tenía poco contacto con las comunidades.

JC/ No tenía excesivo contacto con la comunidad, con la gente pobre, pero sí era un hombre sensible al sufrimiento de la gente. Lo que pasa es que había tenido una educación absolutamente teórica en Roma, una educación que no tenía ninguna incidencia en la gente pobre. Había una posición en la iglesia que nosotros íbamos a cambiar la situación de pobreza apelando a conciencia cristiana de los ricos y privilegiados para que ellos trabajaran para mejorar las condiciones de los pobres. Esto es una carta piadosa al niño Dios. La única forma de saber de la vida de los pobres es cuando te juntas con ellos y cuando estás con ellos y cuando les acompañas. Si tú vas a la comunidad poniéndote como un ser superior a ellos, ellos posiblemente te van a respetar y te van a aceptar. Pero no vas a aprender nada. No es una experiencia formativa. Hay que acudir y acompañarles, y en este acompañamiento ser capaz de aprender de ellos. Yo creo que ésta es una gran virtud de monseñor Romero: él supo aprender de los pobres y se fue convenciendo de la realidad del país desde la gente desposeída.

Monseñor vio la injusticia que sufre la gente pobre de este país y, motivado por el amor que les tenía, se lanzó a luchar por defender sus derechos. Y de esta manera, él se fue convenciendo de la verdad libertadora que está en evangelio. Posiblemente antes lo había interpretado bajo un prisma mucho más canónico, más legalista. El que aprende a tener amor va a hacer lo que sea por la persona amada. Y si además de tener ese amor estás viendo que allí hay una injusticia por todo lo que se está haciendo a esa gente pobre, a esa persona amada, entonces te vas a lanzar a luchar por ella en contra la injusticia. A Romero algo de eso le pasó. Romero no hablaba mucho, pero sabía escuchar. Y él se transformaba cuando hablaba con los campesinos. Les tenía un modo de llegar y les hablaba en su lengua. Les hablaba realmente como los campesinos hablan. Era muy especial verle a monseñor hablar con los campesinos.

RS/ ¿Cómo caracterizarías la experiencia de vivir en Aguilares en los años difíciles antes de la guerra?

JC/ Estuve tres años y medio en Aguilares, hasta el 81. En Aguilares siempre me impresionó mucho la solidaridad de la gente. Al principio yo no entendía algunas cosas. Por ejemplo que había que tener mucho cuidado con el tema de la seguridad y todo esto. No había vivido la persecución de ORDEN tan de cerca. Era un poco ingenuo. Una vez me pidieron que fuera a decir misa a una comunidad ubicada en las faldas del cerro de Guazapa. Me dijeron que me presentara a una iglesia de un cantón ubicado cerca de la carretera principal, y que ahí me iba a recoger un muchacho para llevarme a la comunidad. Efectivamente, así fue. Llegó un joven y me pidió que le siguiera. Ya en el camino, vi que el muchacho iba armado con una pistola y entonces le pregunté que si él creía que aquella arma nos iba a defender en caso de que nos atacasen los paramilitares. El me dijo: “hombre, yo sólo tal vez no, pero mire usted a un lado”. Por los cerros de la par iban dos grupos de campesinos que nos venían brindando seguridad. Yo ni me había dado cuenta. Los campesinos nos cuidaron y nos quisieron mucho en Aguilares, y nos dieron una gran vigilancia y un gran apoyo.

Las fiestas del maíz que se celebraban en los cantones eran preciosas, porque se adornaba la iglesia toda con maíz. Se hacían artesanías de tusa muy bien elaboradas. Me acuerdo que una vez que iba una muchacha vestida con un precioso traje hecho con maíz. Se cantaban canciones alusivas como una canción famosa de un muchacho del Jicarón que relata la historia de los hombres del maíz, cómo trabajaba el campesino, de las cosechas y de lo duro que era el trabajo y cómo no les daban los créditos. ¡Preciosa canción! Muchas de las canciones del primer cancionero religioso salieron de Aguilares. Yo guardo ese cancionero como una verdadera reliquia porque es el recuerdo de tanta gente de

las comunidades que escribieron aquellas canciones religiosas que combinaban la fe con la denuncia de la situación que se estaba viviendo.

En aquel entonces había una gran vitalidad en las comunidades campesinas. Estas comunidades tenían una larga tradición de una religiosidad muy profunda. Antes los curas les habían dicho que bienaventurados los pobres. Pero cuando Medellín decía que la pobreza era una ofensa y que Dios no quería la pobreza, no quería la injusticia, no quería el hambre del campesino. Y que éramos los hombres los que estábamos causando esta injusticia. Entonces se generó una conscientización y una lucha en la cual sentíamos que Dios estaba de nuestro lado. Esto les dio una vitalidad a las comunidades que fue impresionante.



Participando en una actividad comunitaria en Arcatao.

Era una situación muy diferente a la que se vive actualmente en las comunidades. Hay que pensar que todas aquellas comunidades vivieron un proceso de transformación y de conscientización de unos seis o siete años. Más o menos desde el 73 hasta el 80. Y que la mayoría de los campesinos de estas comunidades se incorporaron a la guerra. Gran parte de todos aquellos guerrilleros murieron en la guerra. Entonces que las comunidades ahora tienen menos vitalidad y menos creatividad incluso; para mí eso es evidente.

RS/ ¿Existía entonces en las comunidades de Aguilares una gran identificación entre los campesinos?

JC/ ¡Muchísima! Se llegaba a tanto que si alguien se enfermaba la gente le iba a hacer su trozo de milpa. O los jóvenes que trabajaban en la corta

de caña trabajaban para terminar lo más pronto posible su tarea e iban a razar la de otros personas que tenían menos fuerza y que necesitaban ayuda. Había ejemplos preciosos. Había una capacidad de compartir. Entonces, en las comunidades no solamente había una capacidad de organización; había además una convicción de que individualmente no podían salir de la miseria en la que estaban viviendo. Tenían que salir colectivamente de esa pobreza y que la lucha y la solidaridad eran los medios para hacerlo.

RS/ ¿Se planteó en algún momento cooperativizar las comunidades de la zona?

JC/ Tal como estaba la tierra era imposible cooperativizar las comunidades porque estas pobres comunidades tenían que arrancarle la mazorca de maíz al monte. Era una parcelita aquí y la otra en otro lugar, parcelitas total y absolutamente regadas en los lugares que no estaban ocupados por la caña de azúcar. Entonces era muy difícil que la gente pudiese tener una propiedad común donde con el esfuerzo de varios pudiesen sacar algo adelante. Esto fue un problema y sigue siendo un problema también en la actualidad. La transferencia de tierras favoreció la propiedad individual y no comunitaria. Desde el Estado y desde el poder lo que se ha pretendido es disgregar y desunir a las comunidades. Esto fue lo que se intentó antes de la guerra también con ORDEN. Todo esto lo que se pretende es ir atomizando a las comunidades precisamente para que no se junten.

Allá en Aguilares la Guardia y de la gente de ORDEN buscaban impedir que la gente bajase a la iglesia de la ciudad. El evangelio le daba una fuerza impresionante, entonces por eso trataban de cortar el acceso, que no tuviéramos contacto con la gente. Así fue que se dio el caso de Chus Jiménez. El era un catequista y un hombre realmente extraordinario. Estaba en la comunidad de Las Ventanas y la Guardia tenía todos los caminos vigilados, entonces no pudimos ir al lugar. A Chus le tocó dar un gran rodeo para poder juntarse con nosotros en otro pueblito. Y allí nos lo dijo claramente: “están impidiendo que ustedes nos visiten o que nosotros vengamos”. Y cuando regresó a Las Ventanas lo interceptaron y lo mataron. Monseñor Romero llegó a dar la misa de los 30 días y le llamó el hombre del evangelio.

RS/ Con este panorama tan difícil en Aguilares, ¿cuál fue el momento como el mas esperanzador que te tocó vivir?

JC/ Las dificultades eran tremendas pero yo siempre sentí que había esperanza en la gente. Yo caracterizaba aquellas comunidades como pobres con esperanza. Era precisamente esta esperanza la que los hacía peligrosos, porque esta esperanza de que hubiera justicia era justamente

lo que les hacía luchar. Si miraban lo material que les rodeaba no podían esperar nada de allí, porque casi no tenían nada material. Entonces, yo creo que esta esperanza era una parte de la presencia de Dios en las comunidades. Aunque pasamos momentos muy malos, a mi lo que me impresionaba siempre era la esperanza de la gente. Entonces para mi el ir donde ellos era llenarme yo también de esperanza. Esperanza en lo que este movimiento popular organizado podía hacer y podía conseguir.

Lo que pasa es que la persecución era horrible. En cuatro meses nos mataron casi 600 gentes en las comunidades. Creo que fue el año 78. Había un puesto con más de 22 guardias nacionales en La Cabaña que controlaban toda la zona de La Cabaña hacia las comunidades de la serranía. Y aún así la gente era capaz de luchar por un ideal de justicia; la tierra nueva y los cielos nuevos, de los que habla en nuevo testamento también. Luchar por algo nuevo donde pudiesen vivir como hermanos.

RS/ ¿Viviste momentos de mucho peligro?

JC/ Si, me libré de algunos momentos feos. Estábamos poniendo agua en un cantón en el cerro de Guazapa y yo había subido en un jeep a ver el proyecto. Venía bajando en el jeep, de vuelta hacia Aguilares, cuando un campesino se atravesó corriendo para que no siguiera el camino. Se acercó a la ventanilla y me dijo: ‘te están esperando los paramilitares. Hay una emboscada a una cuadra de acá, después de la curva. ¡Te van a matar!’. Ya había llegado a lo plano del valle y estábamos en medio de los cañales. No había salida. Entonces, decidí meterme con el carro a los cañales. Los paramilitares ya me habían detectado y comenzaron a disparar. Yo sabía que al otro lado del cañal había otra calle de tierra que tenía salida a la carretera principal. Por en medio de lo alto de la caña, atravesé un buen pedazo de cañal, hasta llegar a la otra calle de tierra y salirme. Así pude escapar.

Otra vez había ido a celebrar unos matrimonios en Las Ventanas, precisamente, y a la vuelta hacia El Paisnal no podíamos pasar con el jeep porque la calle estaba llena de vacas. Entre las vacas apareció un campesino que lo conocíamos y nos dijo que en el camino para El Paisnal estaba la Guardia esperando con una emboscada de cuatro. Entonces nos tocó dar un gran rodeo por otra calle hacia Tacachico para poder salir de allí.

Así que eran los campesinos los que nos salvaban. Y a veces nos salvamos también por un sexto sentido. Por ejemplo, el 28 de diciembre del 80 estaba el ambiente tan cargado en Aguilares, pero tan cargado, que se sentía que algo podía a pasar aquella noche. Estaban anunciando por los parlantes de la alcaldía del pueblo amenazas en contra de lo subversivos. Eso era algo común, pero esta vez era más fuerte. Aunque era sábado en la noche y había misa el domingo en la mañana, aquella noche yo sentía

que las cosas andaban mal y decidí viajar a San Salvador para dormir en la casa de los jesuitas. Al regresar el domingo en la mañana a Aguilares, la gente me dijo que, por la noche, los de la Guardia y los paramilitares habían entrado a la parroquia. Había dos balazos en la puerta de la iglesia. Robaron una alcancía. Entraron en la casa en el convento y dispararon en contra del cuarto mío. Yo dormía en el cuarto que había sido de Rutilio. Dispararon desde la puerta hacia dentro. Los impactos de bala estaban encima de la cabecera de mi cama. Robaron una licuadora, un ventilador y algunas otras cosas del convento.

La verdad es que nos tenían muy controlados en Aguilares. Había una barbería enfrente de la parroquia donde se mantenían los orejas que te controlaban, te vigilaban y te ponían el dedo con la Guardia. La gente corría peligro por relacionarse con nosotros. Pero aún así, mucha gente nos ayudaba, también gente que vivía en el pueblo, aunque les pudiera traer peligro.

RS/ ¿Estabas en Aguilares cuando mataron a monseñor Romero?

JC/ Yo estaba en la UCA en aquel momento y a nosotros nos avisaron ahí. Me llamaron de la administración diciendo: “parece que han matado a Monseñor Romero, es urgente que vayas a la administración”. Y cuando llegué, me encontré con Ellacuría, con Sobrino y algún otro, que dijeron “¿qué hacemos ahora?” La noticia fue como una gran loza que nos cayó encima y no sabíamos qué hacer. Entonces nos dijeron que habían llevado a Romero a la policlínica, y nos fuimos para allá. En un primer momento se pensaba que quizás el fotógrafo que estaba en la misa había matado a monseñor Romero. Los enfermos que estaban en la misa en la capilla del hospitalito donde le dispararon, habían capturado y echado preso al fotógrafo, que era del Diario de Hoy, porque pensaban que la maquina de fotos podía haber tenido el disparador. Entonces, monseñor Urioste preguntó quién sabía algo de fotografía. Luego yo fui al hospitalito a revisar las máquinas del fotógrafo. Y efectivamente no había cañón oculto ni nada así. Aquella misma noche fuimos a revelar las fotos. Entonces después, como a las dos de la mañana que estaban todas las fotos reveladas, fui de regreso a la policlínica. Ya se habían marchado todos y a esa hora me fui a la casa, con mucho miedo y con este conjunto de fotografías.

RS/ ¿No aparecía en estas fotos el posible asesino?

JC/ No. Había fotos de la familia que estaba en las primeras bancas, y que era la que había contratado al fotógrafo, porque la misa era en honor a algún familiar de ellos. Las primeras fotos tenían algo de la capilla y la gente que estaba en el lugar. Después sacó las fotos de monseñor ya herido y moribundo. Bien impactantes.



Grabando y cantando con un grupo de música popular de las repoblaciones.

RS/ Vamos a hacer un saltito en el tiempo ¿Te retirás de Aguilares por razones de seguridad?

JC/ Lo que pasó fue que el año 80 seguimos allí. Era difícil, pero seguimos. En el 81, cuando comenzó la guerra, dejamos de ir al principio. Luego, empezamos a ir en las mañanas y poco a poco íbamos metiéndonos mas tiempo. Luego, el problema que se da es que el párroco que llegó a Aguilares era un hombre con quien yo no podía trabajar. Para él, la parroquia era una forma de tener dinero. Sobre todo, una cosa que yo no la pude tolerar fue que ordenó que se quitase la manta con la cara de Rutilio Grande que estaba en la iglesia. Decía que si no se quitaba esa manta, él no entraba a la iglesia. Entonces yo simplemente me retiré, porque yo no podía estar compartiendo con una persona que era incapaz de reconocer lo que Rutilio había dado por su parroquia. Rutilio había dado lo más hermoso que tenía, que era su vida. Así que, de Aguilares me retiré con gran tristeza.

RS/ ¿El momento en que te retirás coincide con el momento que muchas comunidades de hecho se han ido ó a la montaña ó a los refugios?

JC/ Mucha gente se fue de sus casas, muchos cantones quedaron despoblados. Al principio todavía no había los refugios. Al principio muchos tenían que retirar ya a la montaña más profunda para salvarse. Por otra parte, ya se cantaba la guerra, se cantaba la ofensiva y las comunidades se fueron desarticulando. Me acuerdo que todavía subí a Guazapa en agosto del 80, pues iba a hacer unos matrimonios y unos

bautizos. Pero ya el camino como llegar era un camino fregadísimo. Ya no se podía ir por los caminos normales, porque había mucho control. Entonces, esa vez me pasó una cosa interesante. Yo había salido de San Salvador y me tenían que recoger en un punto de la carretera, de la Troncal del Norte. Llegué a ese punto y estuve escondido hasta cerca de la hora acordada. Y como no llegaba nadie, salí y me senté en una cuneta de la carretera. Había unos matochos por allí y ahí metido estaba cebadera llena de anonas bien maduras. En eso vi que venía un pickup con la guardia nacional de Guazapa. Rápido me metí a los matochos, me acosté y me puse una gran anona en la cara, como si estuviese comiendo. El pickup de la guardia paró a unos 30 metros de donde yo estaba, medio cubierto por los matochos, pero se me veía. Los oí que dijeron: “miren, que está bolo ese con la anona”. Y siguieron. ¡Gracias a Dios pensaron que solamente estaba bolo!

RS/ ¿Y después llegaron?

JC/ Y después me llegaron a traer los campesinos.

RS/ ¿Cuando ya había comenzado la guerra tengo entendido que siempre hacías algunas visitas a las comunidades?

JC/ Si, fui a Chalatenango varias veces sobre todo para recoger informes de la situación la gente. Fui con el beneplácito de monseñor Rivera y Damas. Había un interés de parte de Amnistía Internacional, entre otros, de conocer sobre la situación de las comunidades en la guerra, y yo fui a hacerlo. Entonces, bueno, la entrada fue fregada, la salida también. Pero a mí me impresionó mucho cómo se vivía allí en medio de la guerra. Una noche estábamos en la Laguna de San Ramón, arriba de Las Vueltas, y estaban los soldados cerca en operativo en la cima de un cerro aledaño. Nos dijeron que nos alistáramos para salir. Guardaron la comida y todo eso; se entatuzó todo y solamente se dejó la comida para el día siguiente, en caso que los soldados no bajasen. Dormimos con los zapatos puestos y dispuestos a salir en guinda inmediatamente. A mí lo que me impresionaba era la alegría y el ánimo de la gente. Allí en general se compartía todo. Era diciembre del 1981. Uno de los compas que sabía que yo cumplía año el día 8 de diciembre y el regalo que me dio fue conseguirme un vaso de leche. Son cosas que te quedan siempre adentro, lo que suponía un vaso de leche que en aquella situación, en aquellos momentos tan difíciles. Había poco que comer. Me impresionó mucho la situación de hospitales de campaña, casi no tenían medicinas. Muchos de los pacientes tenían anemia. Los niños eran auténticas saltaderas de gusanos, de lombrices, con unos vientres abultados. Luego piensas que así ha estado esta gente los 10 años de guerra, porque siempre había muchísima gente civil en el monte, aunque el gobierno decía que eran todos guerrilleros. A monseñor Rivera le impresionó eso cuando hizo las

visitas para tramitar la liberación de la hija de Duarte que fue a Guazapa y luego Chalatenango. Yo iba de secretario de Rivera y Damas. Estando en San José las Flores se encontró que había muchísima gente civil y el pueblo estaba bastante conservado. Entonces él dijo: “aquí puede haber una repoblación”. Eso fue como en enero del 86. Y ahí comenzó toda la lucha para hacer de Las Flores la primera repoblación. Aprovechando la visita de monseñor Rivera fuimos también a Arcatao donde tuvimos una sesión de más de setenta bautismos y de algunas bodas.

RS/ ¿También visitabas los refugios donde vivía gente desplazada?

JC/ Sí, porque en los refugios estaba gente que la conocía de mi época en Aguilares. Lo que ayudó a llenar los refugios también fue la mala implementación de la reforma agraria que comenzó a implementarse por medio de la alianza entre la Fuerza Armada y la Democracia Cristina en el 80. No sé en qué cabeza cupo pero, para llevar adelante la reforma agraria, al gobierno no se le ocurrió otra cosa mejor que llevar a los soldados a las haciendas. Los soldados intervinieron algunas propiedades, pero como la gente les tenía miedo a los soldados, los supuestos beneficiarios también se iban huyendo. En un lugar, los soldados llegaron a tomar una hacienda y para celebrarlo sacrificaron el semental más caro de la hacienda y de todo el departamento, porque el teniente aquella noche quiso hacer una barbacoa. ¡Imagínate! Y hicieron cosas peores también. Los campesinos que estaban cerca de las haciendas huyeron a los montes, y entonces fue que la gente empezó a refugiarse o en el monte o bien salieron a la ciudad. En estos desplazamientos empezó a llegar gente a las iglesias de San Salvador y se empezó a abrir los refugios. Y como ya había conocido a mucha gente de los refugios de mi época en Aguilares, empecé a visitarla. Además, los fines de semana me tocaba ir a Jayaque, que fue el lugar donde me asignaron después de Aguilares. Allí estuve 4 años, hasta que en el 86, después de la visita que hice con Monseñor Rivera a Chalatenango, me asignaron a decir misa en Chalatenango, donde me tocaban los pueblos de San Francisco Lempa, Azacualpa, y San Luis del Carmen. Y como la repoblación de Las Flores me quedaba un poco cerca, el domingo salía yo temprano de San Francisco Lempa para la zona de guerra propiamente. Y, si me dejaban pasar en los retenes militares, iba a Las Flores a decir misa y luego ya bajaba de vuelta para ir a San Salvador. Y cuando llegó la repoblación de Guarjila en octubre del 1987, empezaba a decir misa en Guarjila, eso fue después de octubre del 87 y después también en Los Ranchos... a veces fue una locura porque viajaba por una calle que en parte estaba minada, y podíamos haber volado perfectamente bien.

RS/ ¿Y el obispo te daba permiso?

JC/ Y le pedí al obispo que él me dejara ir. No se oponía del todo, aunque el obispo no creía demasiado en esas repoblaciones. Siempre los considero

con un lente de que era subversión. Y yo creía que pastoralmente eso fue un error. Yo ponía mucho énfasis en la importancia de acompañar pastoralmente a la gente desplazada porque pensaba que a esa gente no le podíamos entender ni hablar de nada si no le habíamos acompañado en su dolor y en la vida misma que había tenido, de entender las realidades de la guerra. Por eso yo insistí mucho que había que abrir un puesto en estas comunidades para la atención pastoral de las mismas.

RS/ ¿En Arcatao había cura?

JC/ Al mismo tiempo que llegó la gente a Las Flores, se fue un cura de planta a Arcatao que también llegaba a Las Flores. A mí no me permitió el Estado Mayor de la Fuerza Armada ir a acompañar a este otro jesuita a Arcatao. Entonces, yo entraba a la zona cuando podía y cuando me dejaban. Pero en el 88 fui a Los Ranchos, y la gente había llegado a repoblar ahí apenas dos días antes. La gente pidió al obispo que estaba allá de visita en el lugar que les asignara un cura. Entonces, el obispo les dijo que no tenía gente. Ahí aproveché y me ofrecí yo al obispo. Así conseguí que el obispo agarrase compromiso. Primero iba un fin de semana a Los Ranchos y el otro fin de semana a Guarjila; y el fin de semana que tocaba en Los Ranchos la gente de Guarjila iba a Los Ranchos y viceversa. Y a los días ya me logré que pudiera asumir formalmente como sacerdote en estas comunidades, incluyendo San José Las Flores.

RS/ ¿Qué fue lo que encontraste en esas comunidades?

JC/ La gente que vivía en estas repoblaciones era gente muy valiente y valiosa, pero a la vez gente con mucho miedo por todo lo que habían vivido en la guerra y por estar viviendo en una zona de guerra en medio de las balas. A veces, la única persona que podía salir en su defensa estando adentro era el cura. Entonces en mi caso, la gente me recibió con una alegría tremenda, porque ya tenían a una persona que pudiese contar las cosas y denunciar los abusos. Hay que decir que la población, mientras duró la guerra, estuvo muy al servicio de la guerra. Por eso a veces había demasiado verticalismo en las órdenes. Al final el partido mandaba. Entonces los que habían sido cuadros del partido siguieron siendo líderes en las comunidades. Este liderazgo estaba coartado de alguna manera por lo militar, que era lo fundamental. No quiero yo con esto que se interprete que la gente solamente estaba al servicio de la guerra. La única forma de sobrevivir era de alguna manera vivir en función de la guerra porque no podían salir prácticamente de las comunidades. Si salían un poquito pues... había zonas minadas y todo esto. Cuando venía el batallón Atlacatl era otro volado. El Atlacatl hacía tropelías siempre para aquellas gentes; eran los sanguinarios, eran los que mataban, eran los que arrasaban lo que encontraban. Al servicio de la guerra lo que quiere decir que ayudaban al FMLN, pues lógicamente, si los combatientes eran familiares de muchos

de ellos, entonces ayudaban a los muchachos. Al final la guerra también era su guerra, la guerra de sus hijos, la guerra de sus familias.

RS/ ¿Ya existía aquella idea de las repoblaciones como una manera de ayudar a reconstruir la vida después de la guerra, aunque la guerra no había terminado? ¿Una forma de anticipar el fin de la guerra?

JC/ Pues, lo que hay que tener en cuenta es que mucha gente no pudo propiamente regresar a sus lugares de origen, a sus cantones. Tenían que vivir en grupos grandes y escogieron algunos pueblos abandonados donde hicieron estos asentamientos. Si no hubieran quedado casitas aisladas, y la gente no quería eso, sino que la gente prefería vivir en Las Flores, Arcatao y en Los Ranchos, aunque esto significaba que no había suficiente lugar, ni suficiente tierra. Pero vivir aislados hubiera sido demasiado peligroso.

RS/ ¿El eje fundamental en este momento era la seguridad?

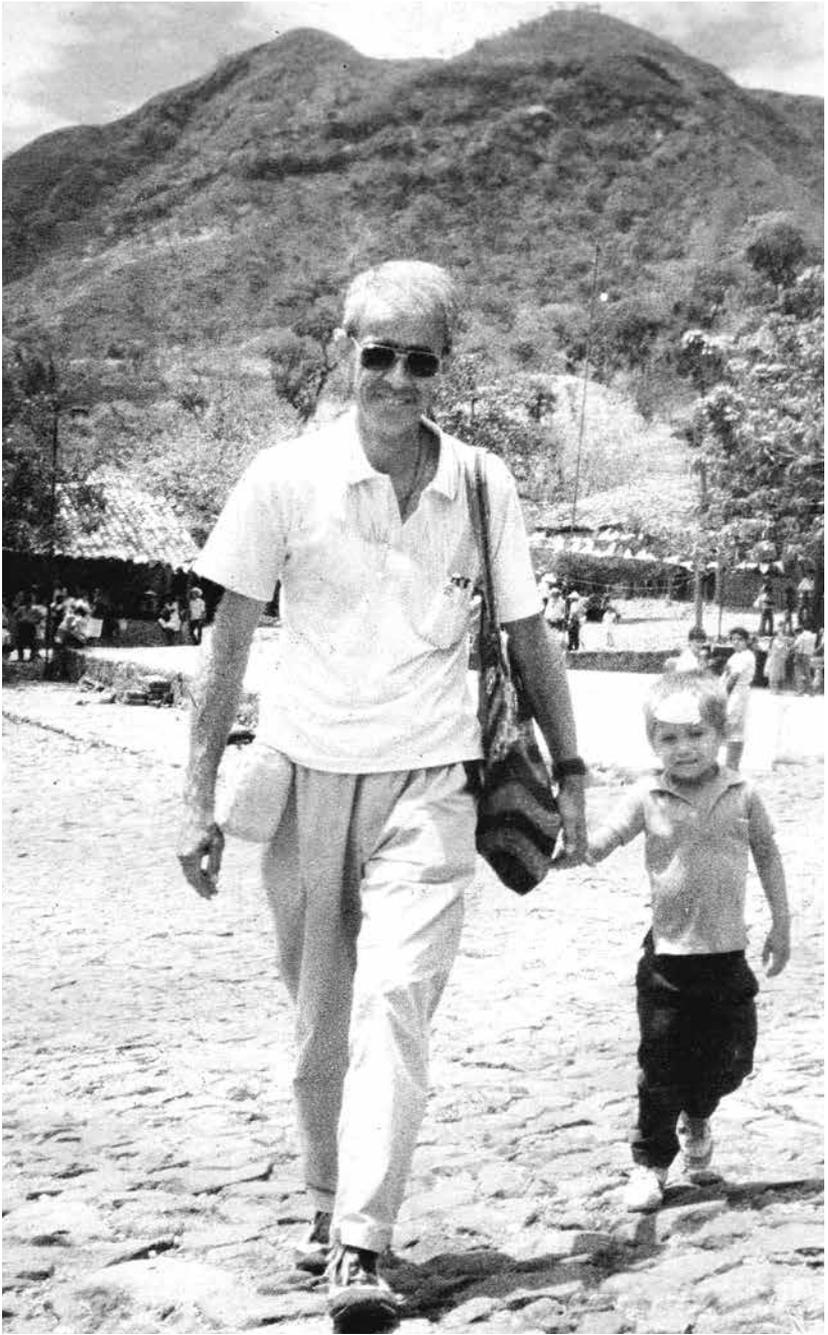
JC/ La seguridad y la supervivencia, esos eran los ejes fundamentales. Había brigadas de apoyo a las comunidades, que traían alimentos, que traían materiales. Con toda la gente concentrada era muy fácil distribuir las cosas pero si la gente estuviera regada y aislada hubiera sido prácticamente imposible. Era un conjunto de las dos, aunque probablemente era más fuerte el tema de la seguridad.

Y las condiciones eran difíciles. Al principio cuando llegaron, una familia traía quizás un par de hamacas, un camastro, una mesa y un par de zancudos, nada más; y luego una cuma para trabajar y tal vez una gallina o algún chanchito que trajeron desde Honduras. Me acuerdo cuando nació en Las Flores la primera chancha tuvo chanchitos. Fue un acontecimiento porque esa era como la nueva vida que empezaba ya aparecer en las comunidades.

Cuando la gente llegó a Los Ranchos era en pleno invierno. Y claro, les agarraron las lluvias. Cuando yo llegué allá no había ninguna casa con techo. Toda la gente estaba viviendo bajo plástico. Después se le puso techo la oficina que era de ANTEL. Allí se puso una bodega para poder guardar los alimentos que les venían a dar, para evitar que todo se mojara. La gente poquito a poco fue consiguiendo materiales, como las tejas y las laminas que las distintas iglesias les daban, que les servían de techo. Las paredes fueron durante mucho tiempo de plástico. En Guarjila se hicieron muchas casas de bahareque y con techos de teja.

RS/ ¿Y cómo se organizaba la vida en estas comunidades?

JC/ Al principio todo era trabajo comunal: lo que se recogía del campo juntamente con lo que llegaba de afuera, se ponía en un fondo común y



Visitando la clínica de San José Las Flores, con un niño golpeado.

se repartía proporcionalmente al número de personas de cada familia. La comunidad había elegido una directiva que era la responsable del reparto. Después fue cambiando, por ejemplo, si cultivabas 3 rábanos en tu casa, pues uno era para ti. Más de un año se trabajó en comuna y después se pusieron 3 días comunales y 3 días privados. Estos tres días privados le servían a un campesino para poder sacar un medio del maíz para irlo a vender a Chalatenango. Lo que sacaban de esto era para ellos, y lo que se sacaba en las tierras colectivas eso era para todas las familias y para poder atender a las viudas, a niños y los viejitos.

En ese tiempo durante la guerra era muy difícil por aquellos lugares porque los soldados andaban por todas partes. Yo me acuerdo por ejemplo la gente no se atrevía a ir a las quebradas a bañarse o a lavar porque estaban cerca los soldados. Y a veces los soldados destruían las tuberías de agua que recién habíamos instalado y nadie se atrevía a ir a ver qué había pasado. Fueron momentos de una vida durísima porque el soldado estaba muy presente y había mucho miedo, con razón, a encontrarse con los soldados. Cuando el soldado llegaba al pueblo, ellos siempre pedían que comer. Era una paradoja el pensar que estos soldados no les dejaban a los campesinos a trabajar al monte, y sin embargo al llegar a la comunidad les estaban pidiendo la comida a ellos. Y la gente les daba una tortilla, porque la gente decía que una tortilla no se le negaba a nadie...

RS/ La gente en estas comunidades había tenido experiencias muy negativas con los soldados, ¿no era suficiente como para negarles la tortilla?

JC/ Ciertamente la imagen negativa del soldado la tenían todos. Algunos no se atrevían a negarles la tortilla, otros eran más condescendientes y decían una tortilla no se le negaba a nadie y había gente que simplemente no encendía el fuego del comal para no tener que compartir. Por otra parte, a la gente tampoco le sobraban tortillas. Y tortillas con sal era muchas veces la única comida que había.

RS/ ¿Y las minas?

JC/ Pues las minas eran una amenaza sobre todo las que tenían los soldados, porque normalmente las minas que usaban los muchachos, ellos informaban y después de haber pasado el operativo ellos mismos quitaban las minas. Cuando había informe que venían entrando el ejército, la guerrilla minaba dos o tres puestos para que el soldado pudiese caer en la mina y allí entonces se paraba la ofensiva, y les daba tiempo a los muchachos para retirarse.

Por otro lado, los soldados dejaban puestas a las minas. En algunas ocasiones los soldados minaron zonas junto a las fuentes de agua y otros

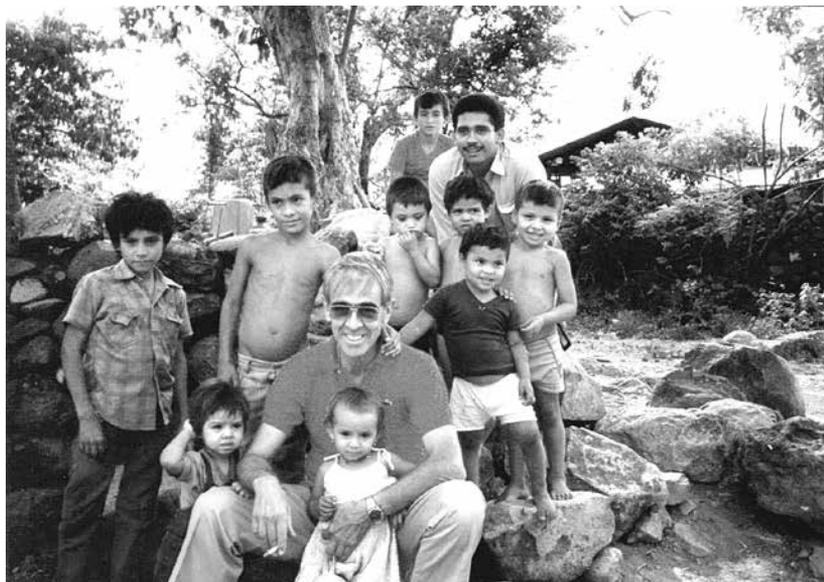
lugares que los pobladores necesitaban frecuentar. Decían que la calle de Guarjila a Las Flores y Arcatao estaba minada. Nosotros trabajamos en esa calle para hacerla más transitable, trabajamos en el puente de Sumpul y todo eso y gracias a Dios nunca reventó una mina.

Recuerdo un día 25 de diciembre en Las Flores que estábamos celebrando la misa de la natividad. Yo estaba diciendo "Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de los Santos", cuando comenzó la balacera del ejército y nos hicieron algo así como 14 hoyos en el techo de lamina de lo que cubría nuestra iglesia. Nos quedamos todos adentro de la iglesia a ver lo que pasaba. Pero era de las paradojas que se vivían, de estar celebrando aquella frase de "paz a los hombres que Dios ama" y en aquel momento se desencadenó el infierno de los disparos. Los soldados estaban en el cerro donde está la Cruz y desde ahí dispararon a la iglesia. 14 hoyos contamos después de la misa. Y otras balas cayeron en las casas de la par y también en las casas al otro lado. Milagrosamente no mataron a nadie, gracias a Dios.

Otro momento socado fue una vez que había un avión realizando ametrallamientos sobre Guarjila. Se veía en la noche cómo las ráfagas formaban líneas rojas en el fondo azul oscuro de la noche. Al día siguiente, seguía el operativo, y estábamos todos con mucho miedo, refugiándonos detrás de las viejas paredes de adobe que fueran un poco gruesas. La gente se llamaba: venga usted acá, que hay una buena pared de adobe. Así, todos buscando las paredes que dieran alguna cobertura. Y empezaron a mortearnos desde el cuartel de Chalate. Era un tipo de mortero que le decían "obús". Salía el tiro de Chalate y a los segundos oías el sonido del obús acercándose. ¡Estaban cayendo dentro de Guarjila! Yo andaba corriendo de una esquina a la otra y toda la gente ofrecía refugio. Bueno, en eso oímos el sonido cerca, y un muchacho me agarró, me tiró al suelo y se me puso encima. Efectivamente el obús pasó justo encima de nosotros, y cayó unos 50 metros más adelante. No nos pasó nada.

RS/ ¿Y la vez que te dispararon cuando andabas en tu landcruiser blanco en Guarjila?

JC/ Había venido con el Padre Alvarenga a Guarjila en el landcruiser y habíamos ido a comer al comedor comunal. Después yo iba a llevar a Alvarenga a Arcatao. Pero antes bajamos a entregar una carta a las hermanas de Guarjila y, en este momento, cuando bajé del carro y caminaba del carro hasta la casa de las hermanas me dispararon y me cayeron los balazos cerca. Las hermanas se escondieron. Yo había dejado el carro arrancado y me di cuenta que el carro estaba en la línea de fuego y adentro estaba el Padre. Entonces corrí al carro, me metí y di una vuelta para bajar hacia la escuela vieja. Y un poquitín más adelante de la casa de Don Chucho, allí me cayó un balazo en el techo del carro. Entonces,



Con un grupo de niños de la comunidad Ignacio Ellacuría (Guancora), Chalatenango.

nos refugiamos en aquella casa. Salí tres veces de donde estaba escondido para intentar ver lo que pasaba y me seguían disparando hacia el carro. Logramos ver que estaban disparando desde las peñas que están a la entrada de Guarjila y que ahí estaban los soldados. Entonces, fui a pie hasta la casa donde estaba viviendo, que era la antigua guardería para sacar un par de papeles y empezar a escribir la relación de lo que había pasado. A la hora y algo salí y ya no dispararon, entonces moví el carro. Yo sabía que la bala había pegado en el carro, pero no sabía a donde. Vi que aquel hoyo estaba en la parte de atrás y eso no cuadraba, porque yo había oído el balazo en la parte de adelante. Después vi que había otro hoyo, y que la bala había entrado y salido, y según la trayectoria que establecimos había pasado a pocos centímetros de mi cabeza.

Después nosotros hicimos llamamientos para denunciar el hecho, por radio y todo esto. Y ahí salió la embajada americana diciendo que había sido la guerrilla. Entonces empezamos a decir que cómo sabíamos que era el ejército. Había una reunión con el obispo y alguien de la embajada, y al final me enojé y tuvimos un cabreo con el gringo delante del obispo.

RS/ ¿Cómo se vivió la ofensiva militar del 1989 en las comunidades?

JC/ Los días de la ofensiva, había ido yo, como todo fin de semana, a San Francisco Lempa y luego subí a Las Flores a decir la misa. Entonces era un sábado y estando en Las Flores empezamos a escuchar que estaba la ofensiva. Entonces ya no podía salir. Era muy peligroso el venir a San

Salvador. Estando en Las Flores estuvimos toda aquella noche escuchando a la radio. Había miedo, porque había muy poco guerrillero porque todos estaban en la ofensiva. La gente tenían miedo de que el ejército fuera a aprovechar la falta de la posible defensa militar para hacer incursiones en las comunidades e incluso para tomar venganza. De hecho se hicieron trincheras en caso que hubiesen bombardeos, para poder meternos en las trincheras. Después bajé a Guarjila, y fue ahí que me dieron la noticia de la muerte de los jesuitas, que lo estaba diciendo la radio. Eso fue el 16 de noviembre en la mañana. Habían matado a todos los jesuitas en la UCA. Empezaron a dar los nombres: los muertos son..., y daban los nombres. El tercer nombre era el mío. Me quedé tremendamente impactado. Yo me tocaba el cuerpo y decía: ‘yo estoy vivo’. No sabía qué hacer. Quedé como un sonámbulo, como un autómatas. Hasta después pensé cómo hacer para avisar a mis compañeros y familiares que yo estaba vivo. Y por fortuna cerca de Guarjila había un pequeño campamento de la guerrilla que servía para mandar cosas hacia la ciudad. Entonces fui a ese campamento para ver si encontraba una persona con radio para que pudiesen avisar a la Radio Venceremos para dar la noticia que yo estaba vivo. María estaba por allá le dije lo que pasaba y que se cortara esa noticia que yo estaba muerto.

Y en este tiempo, que fue tan difícil para mí, ¡cómo la gente me apoyaba! Me decían: “si vienen por aquí nunca te van a encontrar. Te vamos a sacar como sea, a donde sea, pero aquí estas seguro. No te van a matar como a los demás porque nosotros te vamos a cuidar”. La verdad que eso fue así todo el tiempo que estuve con la gente en las comunidades. En una ocasión poco después de la ofensiva tuve una amenaza bastante fuerte del Batallón Bracamonte. Y la gente no me dejaban salir solo. Tenía que salir siempre acompañado. Y normalmente las que me acompañaban eran señoras. La mama de Koki me solía acompañar mucho. Yo le pregunté un día: “¿usted sabe señora, por qué me está acompañando?”. Y la mama de Koki me dijo: “claro que sé por qué le estoy acompañando. Usted no puede salir solo porque la gente no quiere que le pase nada”. Y le dije: “pero si es eso, fácilmente nos pueden matar a los dos”. “¡A mí me tendrán que matar primero antes de que lo toquen!” me decía la señora. Y algo parecido me dijo la abuelita de Abelino. Ella solía ir siempre que había que decirles a los soldados que se fueran o que se reubicaran o algo por el estilo. Nadie quería ir al campamento de los soldados y entonces yo iba con la abuelita María siempre. Caminábamos a la par y me decía ella: “nos tienen que matar a todos antes de que lo toquen a usted”.

RS/ ¿Y cuándo lograste ir finalmente a San Salvador?

JC/ Estuve 30 días sin salir de Guarjila. Salí de Chalate porque teníamos que sacar a un niño que una bala perdida le había roto el fémur. Balas perdidas habían muchas en esta época. De vez en cuando llegaban los

soldados y empezaban a disparar a las orillas de la comunidad. Entonces en Guarjila le habían hecho una operación truculenta, pero era urgente sacar al niño a un hospital. Aunque el camino estaba feo: había retenes por todos lados y se escuchaban disparos. Y durante el viaje tuve un incidente en un retén, porque el soldado me decía que no podía sacar aquel niño porque era guerrillero. ¿Y cómo iba a ser guerrillero ese pobre angelito que tenía dos años y medio y escasamente sabía caminar? Un militar se me puso delante del carro para que no avanzara. Le dije: “si se muere este niño el culpable va a ser usted. Usted tendrá que cargar con esta muerte”. Así me peleé.

Después le grité: “¡si no se retira doy marcha al carro y lo voy a arrollar, así que retírese por favor!”... ¡Y no se retiraba! Terminé poniéndole la velocidad al carro. Aceleré el motor y dejé patinar el clutch. ¡Con el bumper iba empujando al soldado poco a poco! Y al fin se apartó y me dejó pasar. ¡Pero si no me pongo así de bruto, no paso el retén! Después dejamos al niño en el Arzobispado para que lo llevaran al hospital de niños. Yo me fui a la UCA para la misa de 30 días de mis compañeros asesinados. Cuando llegué a la UCA, allí estaban los alumnos, los jesuitas y todos. No sabían que íbamos a llegar. Allí fue una maraña de abrazos y lágrimas. Pasé la noche en San Salvador y al día siguiente me regresé a Chalate. Quería regresar, porque yo sentía que Dios me había dicho que debía de ocuparme un poco más de esas comunidades, dedicarles más tiempo. Al fin y al cabo, yo estaba vivo por haber estado allá”.

RS/ ¿A partir de este momento ya te quedaste a vivir en la comunidad a tiempo completo?

JC/ Estuve un año y medio a tiempo completo.

RS/ ¿Sin ir a la UCA?

JC/ Bajaba de vez en cuando, pero no daba clase. Tenía un permiso de docencia sin goce de sueldo por un año y después lo fui extendiendo hasta que terminó la guerra en el 1992.

RS/ ¿Al final de la guerra, cuál era el sentimiento que tenía la población?

JC/ Estaban cansados de la guerra. Estaban tremendamente dolidos por todo lo que fue la guerra. Más que por la muerte de sus hijos que pudieron haber caído en combate, pesaba aún el recuerdo de las grandes masacres. Lo que había sido la masacre de Sumpul, y otras masacres dentro de la zona, como Gualsinga, la Guinda de Mayo. Y los bombardeos que les hacían los aviones. El recuerdo de las guindas les aterraba. Cuando ellos llegaron a repoblar, la guerra tomó otro carácter también. Allí la iglesia se portó muy bien. Hay que darle un elogio a monseñor Rivera y

Damas por lo que él peleó para evitar bombardeos indiscriminados a la población civil.

Pero recordemos que la gente estaba cansada pero también los soldados. La gente tenía miedo, pero el soldado a veces tenía aún más miedo. Ya no podía hacer lo que quería, porque le temía a la guerrilla, a las minas, y todo eso. En consecuencia el soldado respetaba un poquito más. La gente tenía un miedo tremendo, pero sin embargo, en los momentos que los soldados se querían llevar a una persona de la población, se tocaba la campana en Guarjila y salía todo el mundo a la calle. La población impedía que se llevaran a la persona. Había un cansancio de guerra por un lado pero por otro lado había también una determinación de continuar hasta donde fuera necesario, porque la gente quería algo nuevo.

RS/ ¿Y entonces cómo se percibió el fin de la guerra en las comunidades?

JC/ Recuerdo que ese día 31 (de diciembre del 1991), jugamos un partido de fútbol en Las Flores. De hecho fue el último partido completo que he jugado. Jugué de portero y un rato de defensa también. Y ya estaba en el aire que se iba a firmar la paz. La gente estaba muy contenta. En la noche se conoció la noticia que había un alto al fuego. Fue una gran celebración. La gente decía: “ya no tenemos guerra, ya no nos van a bombardear, ya no vendrán los helicópteros”. Pero en este momento aún no se había firmado la paz. Lo que no podíamos hacer era descuidarnos. La gente siempre decía que ellos iban a estar vigilantes.

Para mí fue realmente memorable y precioso eso de que pudiésemos estar todos allá celebrando y que pudieses llevar el tipo de indumentaria que tu quisieras auestas, en aquel momento tu podías ir vestido como quisieras, podías decir lo que quisieras, podías cantar como quisieras. De repente se sintió como dos o tres días de libertad. Con la firma de los acuerdos de paz, lo memorable para mí fue la celebración en la catedral metropolitana; aunque tengo que decir que cuando ya en la noche salí para mi casa tuve miedo de me volvieran a agarrar en el camino o de que me pudiese pasar algo en el camino para la casa; mi casa aquí en San Salvador. Eso era un poco de sicosis también. Aún ahora me pasa, oigo los helicópteros y me pongo nervioso. Lo primero que hago cuando oigo un helicóptero es ver donde está, sobre todo cuando estoy en el campo. Esto es mi primera reacción. Después tu te das cuenta que no hay nada, pero es como una reacción automática de miedo..

RS/ ¿Cómo viviste los primeros años de posguerra?

JC/ Cuando terminó la guerra se cometió un error para las comunidades, creo yo. La gente estaba bastante esperanzada, porque se dijo “hemos ganado la paz”. Para mucha gente, aunque sabía que no había habido

victoria militar, sentían que habían conquistado algo. La gente decía: “si hemos ganado la paz, entonces hemos ganado la guerra”. El problema fue que después no se pudieron llevar a cabo los acuerdos como realmente se había acordado en México. El cumplimiento no llenaba siempre la expectativa de la gente y la gente empezó a desilusionarse. Por otra parte, el partido sacó a muchos de los que habían sido líderes de la zona. En el año electoral, 1994, había que empezar a preparar una campaña electoral y un aparato electoral para lo que no existía ninguna experiencia ni preparación. Entonces dejaron estas comunidades un poco a merced de su gente y sus ideales, pero con demasiado poco acompañamiento.

Entonces, al no haber conseguido una victoria militar y al haber tenido que seguir luchando aquí para hacer que los acuerdos se cumplan, ellos empiezan a desilusionarse, y por otras razones también. Sigue habiendo una identificación con un ideal de justicia, con un ideal de verdad. Pero hay un desencanto por el comportamiento de algunos políticos, que no les han hecho caso, que no les han atendido, que no han venido a informarles y eso sí les da tristeza.

RS/ Después de la firma de los acuerdos de paz, había tantas tareas que hacer para la reconstrucción de las comunidades. ¿Cuál es tu motivación para priorizar el tema del trabajo de la Comisión de la Verdad?

JC/ Yo creía que era, que es y que sigue siendo fundamental que la verdad se conozca. No puede haber reconciliación en un país y entre las personas sin que la verdad se conozca, se admita y se pida perdón. Entonces yo creía en la comisión de la verdad, como un primer paso, para que la verdad se conociese. Y los pobladores tenían grandes necesidades de poder contar lo que les había pasado. Ellos habían tenido que mantener aquello siempre en secreto. No le podían haber dicho en público a nadie, porque llevaba demasiado peligro. Ellos vivían con ese gran peso, esa gran tortura, que no podían hablar de lo que les había pasado, de no poder hablar de sus familiares asesinados y desaparecidos. Entonces, darles una oportunidad de hablar era como quitar una tapadera a una olla de presión. Iba a poder salir el vapor, y la gente se iba a poder calmar. Para mí eso era importantísimo: que todas aquellas angustias y aquellos miedos se pudieran contar. Durante la guerra, la gente había tenido miedo incluso de llorar a sus muertos. Entonces a uno la gente le contaba las cosas en voz baja. Ahora, que eso pudiese decirse en público, para que la gente se sintiera menos oprimida.

Yo no tuve demasiada esperanza que con los acuerdos de paz fuese a llegar una mejoría fundamental a nivel material para las comunidades. Pero sí pensaba que la gente podría estar mucho mejor si podían contar parte de su dolor y podían sacarlo fuera, públicamente y sin miedo.



Una reunión con lisiados en el corredor de su habitación en Guarjila.

Entonces para mí colaborar con la Comisión de la Verdad era una forma de apoyar a la gente para que pudiera contar su historia.

RS/ Yo tuve el privilegio también de trabajar con vos en este equipo. ¿Podés comentar en qué consistió nuestra labor con la Comisión de la Verdad?

JC/ Lo primero fue que había que convencer a la Comisión de la Verdad que era absurdo pensar que los pobladores de Chalatenango iban a venir a San Salvador a contarles las cosas en su oficina acá. Era absurdo por varias razones: primero por que la gente tenía miedo de venir a San Salvador. El recuerdo de la guerra cuando era muchas veces imposible de salir de aquellos frentes, esto seguía pesando. Era un lastre tremendo. Y segundo porque el viaje suponía un gasto para la gente que no tenía cómo pagarlo.

RS/ Sin embargo, alguna gente de las comunidades sí viajaba para ir a las marchas que había en la capital...

JC/ Sí, pero era algo diferente. A las marchas iban a realizar una presión colectiva, consistía de una especie de denuncia colectiva donde la colectividad cubría y hacía anónima a la persona. Mientras que en el caso de la Comisión de la Verdad, se trataba de una denuncia personal y específica en contra del Estado sobre los familiares que uno había perdido, sobre los crímenes que el Estado había cometido contra esta persona. Cuando tú además tenías que firmar tu declaración y tenías que identificarte con un carné de identidad, entonces era más difícil asimilarlo para la gente. Por otra parte, había gente que tampoco se lanzaba a venir

a marcha. Lo de la Comisión de la Verdad llevaba mucho dolor, un dolor que tenían que soltarlo y que necesitaban hacerlo en un lugar donde se sintieran seguros. Entonces había que hacer que la Comisión llegase a Chalatenango y se desplazase hacia las comunidades.

RS/ ¿En la práctica qué fue lo que hizo el equipo aparte de convencer a la Comisión de la necesidad de viajar a Chalatenango?

JC/ Coordinamos para que la Comisión de la Verdad pudiese llegar a diferentes puntos en Chalatenango para recibir a la gente de las comunidades para la presentación de sus denuncias. Llegaron en el mes de octubre (del 1992). Previamente hicimos un formato de recopilación de datos, con la ayuda del IDHUCA, con datos parecidos a las preguntas que hacía la Comisión de la Verdad. Trabajamos con el equipo para ayudar a la gente a que llevara eso preparado para su entrevista con la Comisión. Y ese formato fue lo que se presentaba a la Comisión de la Verdad. Ellos entonces verificaban con las familiares los datos y hacían preguntas de aclaración sobre detalles etc.; y entonces de esa manera se pudo realizar una gran cantidad de denuncias, a pesar de que la Comisión tenía poco tiempo y pocos recursos.

RS/ ¿Cuántas personas presentaron su denuncia?

JC/ En Guarjila presentaron 505 personas.

RS/ ¿Y en Chalatenango en total?

JC/ En todo el departamento creo que fueron tres mil y pico de personas. Se presentó gente de Guarjila, Los Ranchos, Las Flores, Arcatao, con todas sus comunidades; Nueva Trinidad y todas las comunidades alrededor. Las Vueltas, con todas las comunidades de Las Vueltas. Y la gente llegaba fundamentalmente a pie. A veces les tocaba caminar horas y horas para llegar. Y luego nos fuimos hacia la parte occidental. En Nueva Concepción se cubrieron en 5 lugares: uno fue en El Salitre, otro fue cerca de Agua Caliente, y varios lugares más. También llegó gente de las comunidades de las montañas de arriba: El Manzano, Sumpul Chacones. En total le organizamos y le facilitamos la recepción de denuncias de quizás unas cincuenta comunidades o más.

RS/ Vos también trabajaste en la recopilación de testimonios, ¿cómo te impactó esta labor?

JC/ Yo ayudé en eso sobre todo en el trabajo que se hizo en Guarjila, donde se reunió la gente en la galera de madera con un techo de lámina que hacía de iglesia y de casa comunal. Lo que más me impactó fue una mujer del cantón San Miguelito que dio su testimonio. Cada vez que daba los datos de un familiar que había muerto, tú pensabas que ya sería el último. Pero seguía otro más y otro y otro. La señora tenía 51 familiares

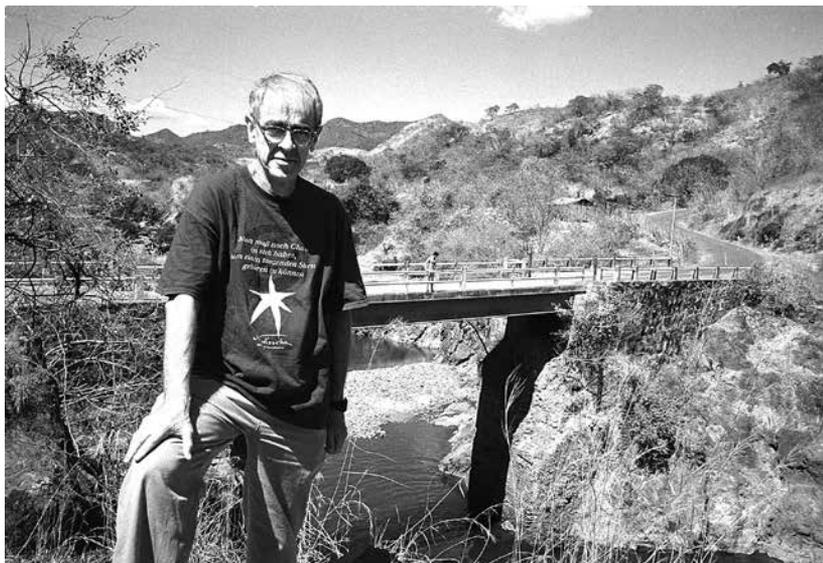
que habían muerto, muchos de ellos en la masacre de Sumpul y otros en otras masacres. Realmente esa mujer me impresionó.

Después de una matanza, de una guinda, de una batalla, la gente lo que hacía era ir a buscar sus muertos, a buscar sus cadáveres. Todo esto me recordaba a una misa en la que estuve, cuando el Ejército devolvió la parroquia de Aguilares después del asesinato de Rutilio Grande, y monseñor Romero empezó su homilía diciendo: “a mí me toca ir buscando cadáveres y hoy he llegado a este pueblo de Aguilares”. Lo que dijo monseñor en el año 77, realmente la gente de Chalatenango lo había estado haciendo durante toda la guerra: buscar los cadáveres de sus familiares para enterrarlos.

Cuando tú habías visto de cerca dos o tres desgracias que habían pasado y alguien te contaba sobre un nuevo caso, lo podías visualizar. Recordabas las imágenes que habías visto y la tragedia se convertía en realidad. Cuando alguien te contaba una desgracia y no conocías a la gente involucrada, el muerto era alguien que no tenía cara para ti. Pero cuando conocías la familia y tal vez hasta habías comido con ellos, y te contaban lo que había pasado, pues entonces los muertos aparecían con caras. Para ti ya tenían una identidad y una fisonomía. Entonces el impacto era mucho más fuerte. Algunas veces, cuando recordaba las masacres, pensaba en multitudes sin caras, multitudes de seres humanos sin facciones. De repente, entre todo ese mar de seres humanos, aparecían las caras conocidas. Me quedaba hecho parche por dentro.

Pero en ese momento, cuando estaba recogiendo los datos y los testimonios, la cantidad de adrenalina que generé era tan fuerte que seguía y seguía con el ritmo de trabajo, casi como un autómata. La gente me contaba cómo mataron a sus hijos, cómo los degollaron, cómo les habían mutilado a las mujeres, cómo habían colgado a los cadáveres de un palo, y yo escribía y escribía. Y lo único que se podía hacer era escuchar. No podías ni contestar, porque no encontraba las palabras para darles un tipo de consuelo religioso, no me salía. Lo único que podía hacer era escuchar para que la gente hiciera su catarsis. Habían tenido aquello dentro y oculto tanto tiempo.

Cuando terminamos el trabajo de ese día, me entró una profunda depresión. Después de escuchar tanto caso horrible me sentía total y absolutamente agotado. También los delegados de la Comisión estaban destrozados por lo que habían escuchado. Después me contaron que en la noche habían llorado. Había una mujer de la Comisión, Lucía se llamaba, que ella estaba tan impactada que se le salían las lágrimas a cada rato. Y había un uruguayo en la Comisión que no aguantó y se retiró. Aquel hombre estuvo a punto de desvanecerse ante el cúmulo de cosas que contaba la gente. Lucía misma este día no pudo probar alimento.



Jon frente al puente sobre el río Sumpul, importante vía de comunicación para las comunidades de Chalatenango. El puente fue destruido en la guerra, y Jon gestionó y dirigió el proyecto en reconstrucción años antes de que la guerra terminara.

Foto: Don Doll, S.J.

Estaba tan impresionada por lo que había escuchado. Incluso les llevaron unas coca colas y tampoco éstas se las pudieron tomar. El uruguayo tal vez no comprendía cómo tales barbaridades se podían haber cometido; porque la gente cuando se ponía a hablar te podía contar con todo género de detalle como los soldados habían hecho las cosas. Cosas como “a esta mi hija le abrieron el vientre y le sacaron el feto”. Este tipo de cosas que nadie las podía entender. Hablando después de este día, Lucía y otro señor norteamericano que estaba en la Comisión me dijeron que les parecía mentira que los seres humanos fueran capaces de cometer tal crueldad. No podían comprender los motivos que podían haber empujado a los soldados a cometer estas tropelías. Ese era el ambiente general de asombro y de estar asustados por todo lo que había ocurrido en la guerra. También quedaron asustados cuando oyeron aquellas tres madres que pusieron la denuncia de los niños desaparecidos. La Comisión de la Verdad estaba impactados con tanta brutalidad. Ya en el informe que publicaron no mencionaba cómo había muerto cada una de las personas de la lista, pero ellos personalmente sí escucharon cómo habían muerto, cómo habían desaparecido, y a veces con mucho detalle.

Para la gente de las comunidades fue un día donde la esperanza se mezclaba con el dolor. La gente te agarraba del brazo, te agarraba de la camisa y decía “acompañémos, quédese con nosotros”. Los maestros populares ayudaron a las gentes de las comunidades para llevarlo en

orden, teniendo la gente de Las Flores por un lado, la de Los Ranchos por otro, y así estuvimos todo el día. Después de que alguien había dado su testimonio, pues la demás gente la abrazaba, y lloraba la gente. Y todos se quedaron juntos, todo el día.

RS/ ¿Cuáles fueron las expectativas de las personas que pusieron la denuncia?

JC/ Para la gente fue una especie de primera catarsis, el momento en que ellos oficialmente estaban diciendo lo que les había pasado. Sí creo que había mucho deseo colectivo de que se conociera lo que el pueblo había sufrido. Porque creo que cada uno de ellos se veía también como parte de un pueblo sufrido, como un granito de arena dentro de una masa inmensa de arena. Que se conociera esta verdad de la persecución que había sufrido el pueblo creo que de alguna manera era lo que más les motivaba...

RS/ ¿y la justicia?

JC/ La justicia la pidieron después, en una segunda fase, pero la primera cosa fue que se conociera la verdad. Yo creo que en eso hay algo que entiende la gente que es muy importante. Lo más reprimido en este país ha sido la verdad y después se reprimía a todos los que la dijeran; la verdad como tal no la podían matar pero mataban a todos los que decían la verdad. Ahí está Monseñor Romero, ahí están los jesuitas y ahí están tantos campesinos que dijeron la verdad y murieron por eso.

RS/ ¿Cuando presentaron el informe, cuáles creías vos que fueron los principales aciertos del trabajo de la Comisión de la Verdad y cuáles los principales desaciertos?

JC/ Vamos a empezar con los desaciertos. Para mí el gran ausente en el informe de la Comisión de la Verdad fue el gobierno de los Estados Unidos, que provocó gran parte de las cosas que aquí ocurrieron, que favoreció la represión, que ocultó hechos gravísimos. La Comisión de la Verdad no dijo una palabra. Quizás no se les permitía, pero eso para mí fue un gran fallo en el informe. Yo te puedo decir que hay otros fallos, como algunos de los casos que tomaron como ejemplares que quizás no lo fueron. Y el hecho que no se hubiera incluido el caso de los niños desaparecidos, eso fue un error fuerte. Porque aunque ellos grabaron el caso en Chalatenango, después la Comisión no hizo nada en ese asunto. En general el punto de los desaparecidos no lo tocaron con la fuerza que yo creía se debía haber tocado.

El mayor acierto que tuvo la Comisión fue poder confirmar y publicar algo que todos sabíamos, pero que nunca se había podido decir: que hubo una represión férrea con muchísimos atropellos a la gente. Fue como el primer atisbo de que se pudiera conocer toda la verdad. Y la Comisión de la Verdad recomendó hacer justicia. Pero con la Ley de

Amnistía la cortaron. Fue como una gran loza que volvió a caer sobre la gente. Seguiríamos con la misma impunidad de siempre. Eso fue un gran desencanto para el pueblo.

RS/ Mencionaste el caso de los niños desaparecidos. ¿Cómo fue que se llegó a denunciar a la Comisión de la Verdad?

JC/ Había tres mujeres en Los Ranchos que les conocía porque era parte de la gente que yo atendía. La Niña Victoria, Mayda y Francisca. La hermana Sofía entonces trabajaba en Los Ranchos, y ella había vivido los años difíciles de las primeras guindas. Ella me dijo incluso, antes de que estas mujeres declarasen, que ella había sabido que en aquella guinda de mayo del 82 los soldados se habían llevado a un montón de niños. Entonces era un caso que en aquel momento todavía era nuevo. A mí no se me ocurría la trascendencia que podía tener. Por otra parte todas las familias cuando hablaban de sus hijos muertos o desaparecidos, de los que faltaban, hablaban como si los hubieran matado a todos. Muchos no se atrevían a tener la esperanza que pudieran estar vivos.

Sin embargo, Mayda fue la que dijo que a su hijo de seis meses se lo habían quitado de las manos y se lo habían llevado junto con otros en un helicóptero. Entonces cuando fue a presentar su caso a la Comisión de la Verdad, tenía tanto miedo y emoción que no le atinaba. Habló con Lucía, pero en un primer momento era incoherente lo que decía. Decía medias palabras, no terminaba las frases. Y cuando hablaba de que se lo habían llevado en helicóptero, bajaba la voz y apenas se le escuchaba. Entonces, Lucía me llamó y me pidió ayuda. Yo me puse a la par de Mayda y ella me relataba y yo escribía la declaración. Al final se la leí a Mayda y ella estaba de acuerdo. Y fuimos juntos a presentar el caso a donde Lucía. Y ella estaba sorprendida porque ella no tenía idea, ni soñaba siquiera, de que ese tipo de cosas que pudiesen haber sucedido. Y después llegó a declarar Francisca, y venía también la Niña Victoria. Francisca desde el primer momento no tuvo miedos, pero con Victoria también hubo dificultades para tomar su declaración. Entonces, así empezó el asunto.

Hay que entender que fundamentalmente estábamos acostumbrados a recibir denuncias de los muertos. Pero fue hasta este momento que nos presentaron la pregunta ¿me desaparecieron a mi hijo, donde puede estar ahora? Entonces me cayó el veinte de que había un caso quizás aún más grave que era la desaparición forzada de niños. Para mí, la que me dio mucha fuerza también fue la hermana Sofía. Ella sufrió esta guinda también. Y ella me insistía también que a estos niños se los llevaron vivos, se los robaron vivos.

Para los familiares la denuncia fue una catarsis. Por primera vez contaron el hecho de que les robaron los hijos a la fuerza. Mayda decía: “me

pusieron un cuchillo en el cuello y un fusil en la espalda para arrancarme el niño. Yo no quería hacer fuerza porque tenía miedo de hacerle daño al niño. Entonces, lo tuve que entregar a mi hijo porque sino lo iba a hacer pedazos”. Y tanto Mayda como Francisca habían visto cómo los soldados metieron a sus hijos en el helicóptero. El punto difícil de la denuncia fue decir no que lo habían matado, sino de que se lo habían quitado a la fuerza. Ese lo que no atrevían a decir. Entonces cuando ya lo habían soltado, había un elemento de catarsis. Y siguió la necesidad de continuar la búsqueda por los medios que fueran posibles.

La desilusión nuestra fue cuando salió el informe de la Comisión de la Verdad, y darnos cuenta que ahí no aparecía nada sobre los niños desaparecidos. Teníamos un pequeño comité de derechos humanos allá en Chalatenango y aunque éramos poquísima gente, vimos la necesidad de entrarle al problema. Estudiamos más el caso de los niños, tomamos más testimonios y fuimos reconstruyendo una problemática general. Entonces nos enteramos también que en la guinda de mayo la Fuerza Armada se había llevado más de 50 niños. Y había otras familias que querían poner una denuncia, ya no solamente de Los Ranchos, sino también de Guarjila. Lo difícil era que no había ningún dato sobre le que había pasado con esto niños. No se sabía nada.

RS/ ¿Te acuerdas cómo fue la dinámica de trabajo con los familiares al inicio de la búsqueda de los niños desaparecidos?

JC/ Las familias estaban muy afectadas por todo lo que les había pasado. Recuerdo una conversación con Mayda donde ella me contaba de que tenía una pesadilla de que su hijo seguía creciendo, y que después se enlistaba en el ejército, y que llegaba a su casa a matarla, y que la mataba porque él no sabía que ella era su madre. Muy fuerte.

En aquel primer momento si aparecía la idea de que se pudiese hacer justicia, pero lo primero que querían saber los familiares era cómo estaban sus hijos. Si había alguna forma de poder encontrar a sus hijos o hijas desaparecidas. En un primer momento ellas confiaban mucho en la denuncia que habían puesto en la Comisión de la Verdad. Tenían una idea de que las Naciones Unidas no les podía fallar. Pero mientras tanto también comenzaron a identificarse entre ellos, las familias que tenían niños desaparecidos, se buscaban, y se iban uniendo. Mayda y Francisca por ejemplo sabían que no se había encontrado a las hijas de Chicón, y que también había desaparecido la hija de la niña Santos, en el mismo operativo. Todos eran familias de la misma zona de Arcatao.

RS/ ¿Todas estas personas que compusieron el núcleo inicial de Pro-Búsqueda?

JC/ Si. Es más, la niña Santos se había estado moviendo para buscar a su hija desde Mesa Grande (campamento de refugiados en Honduras). Se movió bastante pero no consiguió nada.

RS/ ¿Para entender el origen de la solidaridad de los familiares que comenzaron con el proyecto de Pro-Búsqueda, hay que remitirse a Mesa Grande?

JC/ A Mesa Grande y al retorno a las repoblaciones. En Mesa Grande había mucha gente chalateca, y muchos de ellos se conocían de antes de la guerra o de la época de las guindas. Cuando retornaron, regresaron en diferentes grupos. Los de Guarjila por un lado, los de Los Ranchos por otro. Y en tiempos diferentes, con un intervalo de 10 meses. Y muchos de los que fueron retornando eran amigos, porque se se habían hecho compadres y comadres. Entonces cada grupo de ellos se aglutinaba en la comunidad a donde llegaron. Al ser parte de la misma comunidad, como que sentían que se tenían que proteger y apoyar mutuamente. Por otra parte, en aquel primer momento, hubo una cosa muy bonita que fue el apoyo que estas comunidades se prestaron la una a la otra. Cuando llegó la gente de Los Ranchos, la gente de Guarjila ya había ido a chapear toda la zona para que pudiesen llegar a un terreno menos inhóspito. Las pocas comidas que tenía la gente de Guarjila, que las estaban recibiendo del arzobispado y de la iglesia Luterana, pues las compartían con la gente de los Ranchos. Por otro lado, la gente de Los Ranchos y la de Guarjila muchas veces eran parientes. O eran originarios del mismo cantón. Entonces se conocían todos.

Fue todo un año de trabajar casi en el vacío, sobre todo organizando a la gente. Y después de que saliera el informe de la Comisión de la Verdad, recuerdo que hicimos una reunión que se tuvo con 5 familiares que querían poner sus casos en los tribunales. Entonces, había que explicarles lo que significaba esto, y cómo había que comenzar con un caso jurídico. Y había que organizar el acompañamiento para empezar a ir a los distintos tribunales, y luego a la Fiscalía General de la República. Mandamos cartas a los orfanatos también. Al principio nadie nos hacía caso. Es más: nos despachaban con caras destempladas y con insultos para los familiares. Ya finales del 1993 ¿qué podríamos tener? Pues unos treinta casos documentados de familias que decían que sus hijos los habían robado. En este momento hubo un hecho que vino a cambiar las cosas: se encontraron cinco niños que estaban en la lista de desaparecidos en un orfanato de Santa Tecla.

RS/ Contanos, ¿cómo fue el caso?

JC/ Había un familiar de Santos, un sobrino, creo, que cuando la guerra su familia había salido a refugiarse en Cara Sucia. El salía a trabajar a las



En la cancha de futbol de Guarjila.

cortas de café en el volcán de San Salvador. Entonces, él se dio cuenta que en el orfanato de Aldeas Infantiles de Santa Tecla había una niña que había perdido un brazo a causa de los bombardeos en la guerra. Y eso era la descripción que él tenía de la sobrina que estaba desaparecida. Después él consiguió un trabajo en Aldeas como jardinero para corroborar si se trataba de su sobrina. Y luego viajó a Chalatanango para buscar a su tíos para decirles que había encontrado a su sobrina. Entonces, cuando llegó a Guarjila, Santos avisó a los demás, y un buen grupo de familiares se reunió y quiso salir inmediatamente a Santa Tecla. Consiguieron el camión de la comunidad y consiguieron un chófer, una persona que yo creo que no tenía licencia pero que fue incapaz de negarse a la súplica de la gente, jajaja (Jon se ríe porque el entrevistador fue la persona que manejó el camión en esta ocasión y efectivamente no tenía licencia)

RS/ ¿Y después?

JC/ Entiendo que llegaron a Aldeas y que fue una especie de desembarco de la gente que llegaba en el camión. Y no los recibieron bien. No atendieron los reclamos de los familiares. No les dejaron ver a los niños, pero sí se pudo comprobar los nombres y las edades. El problema fue que Aldeas no supo qué hacer. Nosotros llamamos a ONUSAL, y entonces empezó un proceso de acercamiento y conciliación. La gente de Aldeas nos veía a nosotros bajo un prisma político, como subversivos. Que todo lo hacíamos con fines políticos. Decían cosas absolutamente absurdas.

Hubo que habla y negociar una serie de cosas. Y finalmente tardó como un mes antes de que se pudiera hacer el reencuentro para que

los familiares pudieron ver a los hijos. Un mes en el cual había una intranquilidad impresionante entre todos los familiares: “dicen que el mio esta vivo, dicen que el mio esta vivo”. Entonces la comunidad entera estaba comentando el caso.

Después de esta serie de problemas con el orfanato, los niños llegaron a Guarjila. Las familias de ellos vivían en Guarjila y en Los Ranchos, y ellos tenían muchos parientes en Arcatao porque eran originarias de la zona de Arcatao. El reencuentro fue un 16 de enero, exactamente dos años después de la firma de los Acuerdos de Paz. Y fue tremendamente emotivo. Llegó un cúmulo de gente a ver cómo estaban estos niños. Una de las niñas tenía ocho años cuando la desaparecieron, entonces reconoció su papá. Además era el retrato vivo de su padre. Era una gran alegría este reencuentro con los niños que habían estado 12 años separados de sus familiares.

RS/ ¿Y cuál fue la reacción de las comunidades?

JC/ Luego, este hecho hizo nacer una esperanza en la gente, “si estos niños están vivos, los nuestros también pueden estar vivos”. Y fue a partir de allí que realmente comenzaron a entrar muchos más denuncias de casos de niños desaparecidos, incluso de otros departamentos. Aunque oficialmente se seguía sin dar importancia a nuestro trabajo.

En agosto del 1994 decidimos llevar a Mirna Perla, una abogada que nos había estado apoyando, y ya formamos una asociación de familiares de niños y niñas desaparecidos. La reunión de constitución fue allá donde yo tenía la casa en Guarjila, en el corredor de Emma. Para ese momento ya teníamos trabajo con algunas familias de Cuscatlán, Cabañas y San Vicente, y ellos también llegaron. Conseguimos tres maquinas viejas de escribir. Y entre todos escribíamos las actas de cada caso. Y se tomaba los datos para hacer el acta de constitución. Fue también una fiesta porque se veía que aquello empezaba a tomar cuerpo y que empezaba a caminar. Había mucho interés en los familiares en colaborar. Llegaron cuarenta y tantas personas a reunirse. Por primera vez llegaban de distintos departamentos gentes que tenían un problema común de tener niños desaparecidos y que se reunían a hablar de su problema y a tratar de encontrar una solución a su problema. A mi personalmente me gustó mucho.

Un poco después, para darle publicidad a esta asociación, tuvimos una vigilia, aprovechando el día internacional del niño, en la iglesia San Francisco en Mejicanos. Habría que decir que hasta ese momento la prensa no nos había hecho caso. Ibamos a los medios, y no nos hacían mayor caso. Pusimos un campo pagado en los diarios con los nombres de los casos de niños desaparecidos que habíamos recopilado, que en

este momento eran 54, creo. Y tres muchachos nos llamaron a raíz de esta publicación. Entonces además de los cinco niños encontrados de Santa Tecla había tres más.

Comenzamos a trabajar más en serio, pero había un inconveniente: no teníamos fondos y veíamos que iba a ser necesario hacer un análisis de ADN. Entre los encontrados de Santa Tecla había un niño que por las referencias parecía que podía ser el hijo de la Mayda. Pero había que verificar el hecho. Además en el orfanato no querían aceptar porque no nos daban los datos correctos del muchachito. El niño tenía 6 meses cuando fue secuestrado en el 1982 y Aldeas decía que ya tenía dos años cuando llegó ahí en este mismo año 1982. Tal vez querían impedir que el niño se fuera con la mamá. Pero total que había que hacer un examen de ADN. La cosa era que un examen de ADN en aquel entonces valía una fortuna. No sabíamos a dónde acudir. Un señor de ONUSAL no puso en contacto con un grupo gringo llamado “Médicos para los Derechos Humanos”, que tenía su sede en Boston. Les escribimos y ellos nos contestaron inmediatamente. Querían venir a ver el problema que teníamos. Cuando vinieron hablaron con toso los involucrados y comenzaron a tomar sangre. Mas adelante incluso se comenzó a crear un banco de datos de sangre de los familiares de Pro-Búsqueda en Estados Unidos controlado por los Médicos de los Derechos Humanos de Boston.

RS/ ¿Y cómo resultó el caso del hijo de Mayda?

JC/ Salió positivo el examen. Se hizo un reencuentro en la casa de Mayda en Los Ranchos. Mayda me dijo que cuando ella vio a su hijo y fue donde el y le abrazó, se sintió como que estaba como en una nube. Que no tenía los pies en la tierra. Y luego dijo que su hijo le preguntó: “Mamá, por qué me dejaste botado”. Entonces Mayda le explicó que ella nunca le había dejado botado, y le explicó cómo se lo había quitado de los brazos. Y el niño preguntó: “¿dónde está mi papá?” “Pues mira, tu papá murió cuando yo todavía te tenía dentro de mí”, le dijo Mayda. Estas preguntas fueron lo que le hicieron a Mayda bajar de la nube en la que ella estaba. El hijo le dijo: “ a mí me dijeron en el orfanato que ustedes nos dejaron botados y que nosotros estamos salvos por generosidad y la misericordia de la fuerza armada”. Eso fue un golpe muy duro para Mayda. El haberlo encontrado después de 12 años y que le dijera eso.

RS/ ¿Qué otro tipo de comentarios había en la comunidad?

JC/ La primera reacción fue “Gracias a Dios que se encontraron”. Luego, alguna gente lo miraba más por medio de una línea política, más en la línea de poder hablar contra la fuerza armada. A mí me gustó la postura de los familiares que estaban dispuestos a llevar la relación con calma, y

a sacrificar incluso algunas visitas a sus hijos que seguían viviendo en el orfanato para no dañarles por el impacto de todos los cambios. La mujer que me impresionó en el reencuentro fue Rufina, la tía de las niñas de Chicón. Ahí había un caso más singular porque la mamá de las dos niñas estaba embarazada de siete u ocho meses y también fue desaparecida en el mismo operativo. Y la mamá nunca apareció, y ese bebé tampoco. Solo aparecieron Marta y Angélica. No se sabía que pasó con ese niño y su mamá. Rufina, que es una mujer dura y fuerte, lloraba como una niña y solamente abrazaba a sus sobrinas. Chicón decía: “¡hijas, queridas hijas, cuánto tiempo les he llorado!”. Y Santos y su esposo estaban tan alegres, porque cuando se llevaron a la niña, ella ya había perdido el brazo, y no podía caminar por una herida en la pierna. Y en el reencuentro su hija ya podía caminar, entonces estaban muy contentos...



Con la Niña Isabel en Guarjila.

Yo también me encontraba tan emocionado ante lo que estaba viendo que no podía ni hablar. Me pasaba abrazando a la gente y caminando de grupo en grupo, pero no decía nada, no me salían palabras. Cuando ya cuando se los llevaron de vuelta a santa Tecla, la gente se quedó en la esquinita de la calle, todos parados viendo al microbus de Aldeas que se iba. La gente estaba impresionada de que aquello fuese verdad, que fue como una aparición. No me acuerdo quien fue él que me dijo: “Estos hijos nuestros han resucitado”. Con todo aquello estabas tan absolutamente impresionado y emocionado que yo no me atrevía a decir nada. Sentías un gran nudo en la garganta que no se te deshacía.

RS/ Antes estabas hablando de la vigilia que se hizo, que fue ya parte del trabajo de Pro-Búsqueda. ¿Cómo se siguió el camino de la búsqueda?

JC/ Bueno, la vigilia fue una de las primeras actividades populares un poco grandes que hicimos. Queríamos dar a conocer a la gente de las comunidades qué estábamos haciendo y cómo nos podíamos apoyar. Nos prestaron la iglesia de San Francisco en Mejicanos. Realmente allí nos recibieron estupendamente bien, nos dejaron la iglesia que la acababan de terminar de pintar. La vigilia fue muy bonita. De Chalate llegaron por lo menos dos camiones, y había gente de otros lugares también. Llegó casualmente la Doctora Marina de Avilés, que era la Procuradora Adjunta de la Niñez en aquel momento. Había teatro, había canciones, poemas, reflexiones. Había de todo para que la gente participase y diese sus testimonios. La vigilia también servía para que se conociesen entre ellos, para que fortalecieran sus nexos como familiares. Llegó mucha gente de la misma parroquia de Mejicanos también. Y se repartieron tamales, panes con frijoles, gaseosas. Fue una fiesta popular. Nos pasó algo después, porque habíamos dejado el lugar con bastante desorden; algunos baños se habían arruinado, y había manchas en algunas paredes recién pintadas. Yo fui a la reunión del consejo parroquial a pedir perdón y a ofrecer que les íbamos a pagar por los desperfectos que había. Estaba reunido el consejo parroquial. Entonces me senté a contar sobre lo que estábamos haciendo, sobre lo que suponía encontrar un niño de estos que estaban desaparecidos. Y después ya no quisieron que les diéramos nada, estaban encantados de podernos ayudar.

RS/ ¿Podés describir como era la primera oficina de Pro-Búsqueda?

JC/ Bueno, la primera oficina costaba encontrarla. Era en un barrio popular, cerca del centro, y consistía un cuarto en una segunda planta que se entraba por una especie de pequeña tienda que vendía pan dulce, café y cosas así y luego se subía por una pequeña escalerita. Compramos una mesa, unas sillas, un archivador y una computadora. Compartíamos teléfono con la gente de la tiendita. Esa fue nuestra primera oficina. No costaba caro, pero no era el mejor lugar. De allí hubo que salir porque en el barrio había maras y todo eso. Y de ahí nos fuimos a un segundo local en la avenida España que era un poco más grande: una antigua oficina de un abogado.

RS/ ¿Cómo eran las primeras reuniones con el equipito de trabajo que se formó?

JC/ Pues, eran reuniones familiares. Como estábamos todos empezando y todos comenzando y todos aprendiendo, pues cada testimonio era una experiencia nueva. Todos queríamos saber cómo les había ido a la

gente en San Vicente, como les había ido en Cuscatlan, por la zona de El Paisnal, por Aguilares, por Guazapa, por Suchitoto.

RS/ ¿Podés contar algunas cosas que vos has aprendido de los familiares de Pro-Búsqueda?

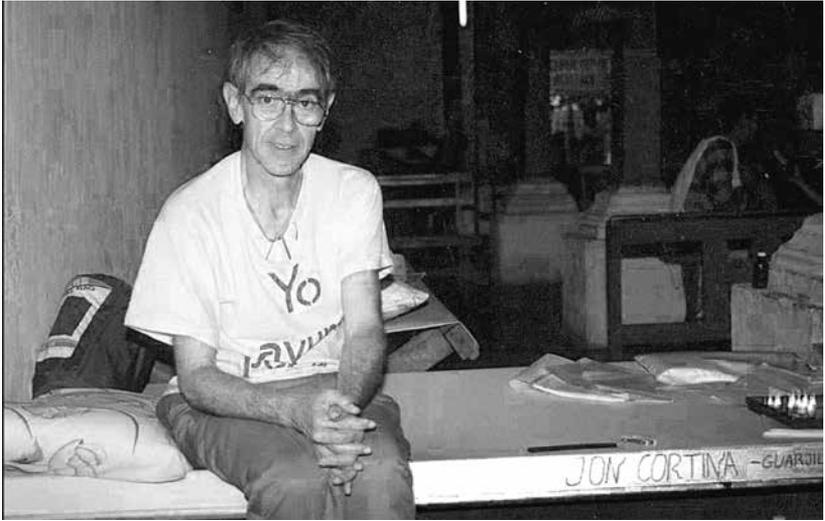
JC/ Si, de los familiares de Pro-Búsqueda lo que he aprendido es y para mi ha sido tremendamente importante, si para ellos lo importante es buscar a sus hijos, más que otra cosa, lo nuestro también debe ser buscar a los jóvenes más que cualquier otra cosa. Y conocer la verdad. Entonces yo diría que ese ha sido uno de puntos más importantes, realmente el fondo de la cuestión. Ellos están dispuesto a pasar por todo con tal de encontrar a sus hijos. Entonces ésa debe ser nuestra política también: dispuestos a pasar por lo que sea para encontrar a los niños. Una vez que hay la decisión de luchar por todos los medios posibles, ya los familiares superan el miedo y hacen que uno también lo pierda. Lo que me acuerdo es del miedo que tenía la primera vez que nos invitaron en el canal 12 en la Entrevista al día. El miedo que tenía a hablar y decir cosas. Me acuerdo también cómo nos fueron haciendo preguntas para que realmente dijésemos lo que teníamos que decir sobre cómo habían desaparecido los niños. Es que todavía estaba muy cercana la guerra, todavía teníamos miedo aunque en teoría estábamos en paz.

RS/ ¿De lo que te tocó ver en Pro-Búsqueda que fue lo que más te impactó?

JC/ Los reencuentros son los que me han impactado mucho. Como el reencuentro de Gina (Imelda) que me impactó tremendamente. Toda la historia de Don José y cómo aquella familia que suponía que la hija estaba muerta y desaparecida, pues cómo el papa, la mama y los hermanitos le atendían a Gina. Y por otro lado las dificultades que tenía Gina para entender todo, para procesar todo lo diferente que era a su familia adoptiva en Estados Unidos. Personalmente con cada reencuentro al que he asistido siempre me quedo tremendamente impactado. Este otro reencuentro, el de... cómo se llama el muchacho este de San Vicente, que ha estado aquí hace poquito.....

RS/ Emiliano.

JC/ ¡Emiliano! El reencuentro de Emiliano también. Me volvió a impactar la pobreza de la gente y el que Emiliano en ningún momento se avergonzase de su gente que vivía en una choza en San Vicente, aunque él había vivido mucho mejor en Francia (país al que lo enviaron en adopción). Y el cariño con el que Emiliano trata a su mamá, aun después de tantos años, todo eso es muy hermoso. O el reencuentro de Felipa y de su hijo, éste es precioso. Como que la fuerza de la sangre es mucho mas fuerte que las ideas políticas y de cualquier otra cosa. (Felipa participó



Durante el ayuno por la paz en la Iglesia de San Antonio en Chalatenango. Jon inició una huelga de hambre junto con dirigentes chalatecos para exigir el desmantelamiento de los Escuadrones de la Muerte que seguían actuando después de los Acuerdos de Paz.

toda la guerra con el ERP, mientras su hijo, que fue secuestrado siendo un niño en 1980 por la Guardia Nacional, terminó enlistándose en el ejército en los últimos años de la guerra).

Muchas veces entramos en la intimidad de la gente y eso es muy duro, muy emotivo. Pero sería muy bonito que otra gente tuviese la experiencia de ver un reencuentro, simplemente para poder presencia lo que es la separación del hijo que ha estado tantos años fuera y que se vuelve a encontrar con sus padres.

El cariño con que reciben los familiares a sus hijos, me hace pensar en el Evangelio, cuando Jesús resucita al hijo de la viuda de Naím y se lo entrega a su madre. Es como ser testigo de la vida nueva. Los familiares pensaban a su hijo muerto o desaparecido y de repente aparece con ellos. Entonces es como una resurrección, una nueva vida de una familia y de una comunidad. Y pensar que porque has asistido a un reencuentro te lo sabes todo es una tontería, porque cada vez te vuelve a impactar.

RS/ ¿Cuál sería entonces la mayor lección que vos has aprendido con las experiencias de Pro-Búsqueda?

JC/ La experiencia siempre más fuerte es la importancia de la idea de acompañar a la gente en su dolor o su alegría y también saber retirarse del escenario cuando toca. Porque tú no eres el actor principal: es la gente. Hay que dejarlos a ellos que sean las primeras figuras. Esto no es

solamente en los reencuentros; es en todo. En todo lo que tenga que ver con la gente pobre, nuestra labor tiene que encaminarse a que sean ellos los verdaderos actores de su vida y los que controlen su destino.

RS/ ¿Puedes compartir algunas reacciones que has recibido de otra gente por estar involucrado en este trabajo?

JC/ El comentario más positivo que recibí sobre el trabajo de PRO-BUSQUEDA fue el de un jesuita mayor, que me dijo: “encontrar un niño de estos que ha desaparecido, es el trabajo de toda una vida. Aunque encuentres sólo uno, es una vida bien utilizada. Siga adelante Jon, que merece la pena”. Yo lo siento así. Aunque en el futuro encontremos sólo uno más, todo este esfuerzo que hagamos vale la pena, porque para esa familia habremos hecho algo invaluable.

Un ejemplo de un comentario negativo es que alguna gente te dice ¿por qué siguen removiendo este dolor, por que juegan con este dolor? Y bueno, pues realmente no es jugar con el dolor, es precisamente mitigar el dolor lo que queremos al hacer que la familia pueda encontrarse con su hijo perdido. Te lo cuestionan por ejemplo algunas gentes que han tenido que ver con el gobierno o algunas gentes que han tenido que ver con el partido ARENA. Pero yo creo que es un cuestionamiento que va cargado de defensas y de excusas políticas. Están dispuestos a sacrificar a la familia, al hijo, para que los que fueron en su momento promotores o consentidores de estos casos de desaparición no queden mal.



Jon con jóvenes reencontradas en Guarjila.

La gente de ARENA no quiere que se remuevan estas cosas porque no quiere aparecer como culpables de haberlas cometido. Incluso alguna gente que trabajaba con los orfanatos, como las Aldeas Infantiles, nos dijeron que era absurdo seguir removiendo los casos porque los niños iban a quedar peor si conocían a sus familias. Estarían mejor en el orfanato que con sus familias. Pero ahí solamente se estaba viendo el aspecto material. Querían evitar que los muchachos tuviesen contacto con su propia gente porque por ser campesinos eran de otro nivel social. Yo creo que esta es una barbaridad atroz. Es intolerable.

RS/ Hay también algunos casos en los que el FMLN tiene una responsabilidad. ¿Cómo lo mirás?

JC/ Al principio nunca pensé que me iba a encontrar con ese tipo de casos. Pero una señora en Guarjila me dijo “también el FMLN puede estar involucrado en algún caso”. Y le dije: “bueno, si lo está, lo vamos a sacar”. Y entonces ella me dijo que le parecía bien eso. Era la niña Jesús, una de las parteras de Guarjila. Me dijo: “sáquenlo, porque es importante que no quede nada oculto”. Personalmente solamente conozco un caso donde hay una responsabilidad del FMLN (en la desaparición). Indirectamente he sabido de casos donde gente del Frente que procura no darte información para no quedar mal. Estos caso los he hablado con gente del FMLN. Fue con Lorena Peña y lo que esta mujer me dijo es “si los han cometido, hay que decirlo. Es duro, pero hay que decirlo”. Después ha habido la gente como más sofisticada del FMLN que quieren limpiar su imagen política y por ende no quieren aparecer involucrados.

Yo creo que la verdad hay que soltarla. Siempre hemos dicho que vamos a decir la verdad del caso, sea quien sea su autor.

RS/ ¿El trabajo de Pro-Búsqueda ha significado una evolución en tu pensamiento sobre temas como verdad, justicia y reparación?

JC/ Sí. Para mí en un primer momento lo fundamental era buscar a estos niños para que se hiciese justicia. Para poder hacer que cayesen los culpables. Pero al ver a los familiares que lo que querían fundamentalmente era buscar y encontrar a sus hijos, eso me hizo cambiar. Lo más importante era encontrar la verdad para poder encontrar a estos niños. Yo no tendría absolutamente ningún inconveniente en que, una vez de que la verdad se conozca, y que haya “un pedir perdón” por parte de los culpables, pues darles este perdón. Porque creo que en ese pedir perdón está implícito el devolverle la dignidad a la gente. Pedir perdón es la forma de conseguir que esa gente sea considerada dignas de que se les pida perdón por lo que se les ha hecho. Muchas veces pareciera que, como son los pobres, pues no se les pide perdón.



Inspeccionando el proyecto de agua de la comunidad de Guarjila. Foto: Don Doll, S.J.

RS/ Pro-Búsqueda ha sido una organización pionera en implementar una nueva metodología de trabajo dentro del área de derechos humanos en El Salvador...

JC/ Los familiares nos han hecho adaptar la metodología de trabajo para realizar una búsqueda de los niños, para encontrar la verdad de los hechos, para tener una memoria de lo que ha ocurrido y que esto no se vuelva a cometer jamás. Es una búsqueda de los niños, claro está, pero también de la verdad, de la memoria histórica y de una reparación. En lo material no creo que se dé una reparación, aunque sería bueno, pero no creo que se dé. La verdad es que es imposible reparar materialmente el daño hecho. Pero lo que sí se puede hacer es una reparación moral. Nosotros lo único en lo que andamos es tratando de buscar la verdad de los hechos.

RS/ Te llamaron del Estado Mayor (de las Fuerza Armada) para una entrevista. ¿Podés describir cómo fue este primer contacto y cómo te sentiste?

JC/ Fue después de haber tenido un foro en UCA sobre los niños desaparecidos donde participó el general Blandón (1995). Entonces, me llamaron del Estado Mayor y me dijeron que pasase a ver la oficina de derechos humanos del Estado Mayor, que estaba dentro de la oficina legal del Estado Mayor. Yo tuve miedo de ir solo entonces solicité el que me pudiese acompañar una abogada. Y me dijeron que no. Que la cosa era yo solo. Y eso se repitió en distintas ocasiones. No querían que yo

podiese llegar con alguien. Eso nunca lo acepté. Después, hablando con la Procuraduría (para la Defensa de) de los Derechos Humanos quedamos en que me reuniría con un representante del Estado Mayor en la oficina de la Doctora de Avilés (la Procuradora en este momento). Cuando ya parecía que todo estaba arreglado, la Fuerza Armada canceló la reunión y le dijeron a la Doctora de Avilés que no irían a la Procuraduría y que teníamos que ir al Estado Mayor. La procuradora les contestó que si íbamos a tratar cuestiones de derechos humanos, el lugar indicado era la Procuraduría. Entonces yo le dije a la Doctora que yo no iba al Estado Mayor primero porque me daba miedo y segundo porque humanamente me resultaba difícilísimo entrar al lugar donde se había decretado y planificado la muerte de los jesuitas. Entonces me dijo la Doctora que tenía toda la razón y que no fuese.

RS/ ¿Si hoy en día te llamarían del Estado Mayor, irías?

JC/ Pues he estado pensándolo, creo que sí. Lo que pasa es que si yo supiese que se iba a conseguir algo positivo de esta visita en favor de los niños, fuera. Lo que pasa es que por la información que hemos tenido y por las insinuaciones que han nacido del Estado Mayor hacia nosotros, y por la falsedad de la información que nos han dado, creo que no se va a conseguir nada. Realmente tendría que pensarlo muy en serio si se hace una nueva invitación desde el estado mayor.

RS/ En conclusión, ¿cómo definirías el aporte de Pro-Búsqueda al país?

JC/ El trabajo de Pro-Búsqueda es un gran aporte a la reconciliación del país. La reconciliación es algo que todos la anhelamos para poder vivir en paz, para poder vivir en un verdadero estado de derecho. Para eso necesitamos la verdad y la reparación. Y que se pida perdón a las víctimas.

RS/ Así hablando de corazón, ¿hace 10 años vos deseabas reconciliación?

JC/ Creo que no, creo que no.

RS/ ¿Hace 5 años deseabas reconciliación?

JC/ Sí, empezaba a desear reconciliación hace 5 años.

RS/ Es un proceso largo...

JC/ Sí, es un proceso largo. Y yo creo que los que me han empujado más han sido los familiares. Ellos me han hecho cambiar...



Marcha a la Casa Presidencial en San Salvador para exigir el esclarecimiento de los casos de niños desaparecidos. Noviembre de 2004.

RS/ ¿Te han enseñado sobre la reconciliación?

JC/ Ellos me han enseñado lo que es reconciliación, lo que es perdón. Ellos quieren lo más humano que hay en la vida que es buscar a esa parte de ellos mismos que no la tienen ahora presente. Me han enseñado algunos de los valores fundamentales de la vida. El perdón no es sólo una palabra. Puede ser fácil decir que hay que perdonar, si queda en palabras. Lo complicado es perdonar profundamente, como lo hizo Monseñor Romero, que llegó a perdonar a sus asesinos antes de que lo mataran. Es difícil superar todo el dolor y todo el coraje que uno lleva adentro, pero sólo así alguien logra perdonar de verdad, en su corazón...

RS/ ¿Vos ahora estás cerca de encontrar tu propia reconciliación con la historia que viviste en este país y con lo que te tocó perder y sufrir?

JC/ Yo creo que estoy en un proceso importante de reconciliación. Yo todavía necesitaría que se pida un perdón. Si yo le he hecho algo alguien y le he faltado a alguien, entonces para reconciliarme con él voy hacia él y le digo “perdname por esto que te he hecho”. Entonces yo creo que todavía falta ese punto. Me hace hecho pensar dijéramos cuál sería la postura cristiana en este caso. Para mí la petición de perdón sería el ultimo paso que hay que dar. Ya no me preocupa si después de la petición de perdón hay juicio o no.

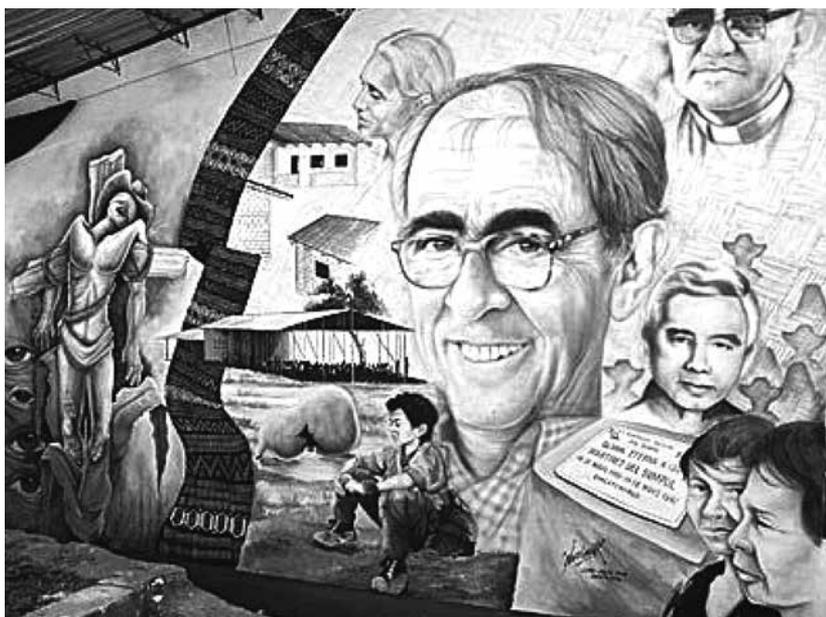
RS/ ¿Quiénes deben pedir perdón? ¿Deben de ser las personas o las instituciones?

JC/ Yo creo que deben ser las instituciones fundamentalmente. Acá por ejemplo una instancia que tendría que pedir perdón es la Fuerza Armada. A mí me impresionó mucho cuando el primer ministro Helmut Kohl de Alemania pidió perdón al pueblo de Guernica (país vasco) por el bombardeo en tiempo de la guerra (civil española). Algo así es lo que debe ocurrir. Pero por ejemplo no lo han hecho los Estados Unidos con Japón, aunque Japón lo quiere y lo demanda. Creo que en último término se trata de dejar a un lado el orgullo falso que tenemos. Y mucho más cuando se trata de pedir perdón a un pobre. Porque hay gente que cree que al pobre se le puede hacer lo que les dé la gana y no importa nada. Por eso justamente en estos casos (donde el ofendido es un pobre) es más importante aún que pida perdón, más aún que el caso de Helmut Kohl.

En el caso de El Salvador, yo creo que es un poco temprano todavía, por los recuerdos y porque la sangre está todavía muy fresca. Alemania lo hace más de 60 años después. Aquí tal vez estemos todavía demasiado temprano. Pero yo creo que el perdón es un elemento que falta y eso vendría a borrar parte del descontento que existe por la ley de amnistía. Ayudaría que esa intranquilidad de la gente también se fuese disminuyendo...



Funeral de Jon en la UCA. Diciembre de 2005.
Foto: Don Doll, S.J.



Mural de Mario Matta-Netómar en la Casa Museo Jon Cortina en Guarjila.



Reflexión por un amigo jesuita

Por el Padre Miguelito Vásquez

Comparto el sueño de amigos, compañeros y seguidores del Padre Jon Cortina en dar a conocer estos testimonios que él mismo manifestó tantas veces como pudo, con el afán de apoyar la organización popular para la construcción de un futuro digno para los empobrecidos de El Salvador y del mundo.

No hay duda que en el llamado que Dios le hizo para engrosar las filas de la Compañía de Jesús, Jon encontró un camino hacia el compromiso con las luchas y procesos de liberación de los pobres en nuestro continente y tomó y abrazó esa cruz con todo. Tenemos en la pequeña capilla de la casa parroquial de Arcatao en el norteño departamento de Chalatenango el crucifijo que Jon tomó en sus manos un día cuando hizo sus votos a los dos años de finalizar su noviciado en la Compañía de Jesús.

Conocí al Padre Jon en Aguilares, visitando y animando las comunidades golpeadas por la represión y persecución contra la gente comprometida en la lucha. Le acompañamos a varias celebraciones con aquellas comunidades llenas de esperanza en medio de la prueba a su fe y a su tenaz resistencia. Estuvimos en una comunidad llamada el Jicarón, participando en los matrimonios populares a los que la gente le llamaba matrimonios por el pueblo. Estuvimos durante una Semana Santa y nos tocaba no dormir en las casas sino en el monte mientras durante el día visitábamos las comunidades. Durante la noche era terrible escuchar como a lo lejos se escuchaban los disparos con fusiles y la gente decía que eran los escuadrones de la muerte que llegaban a las comunidades, eliminando todo pero sobre todo a dirigentes populares.

Años después nos volvimos a encontrar en la Parroquia San Cristóbal de Jayaque, en el departamento de la Libertad. Ahí también visitábamos las comunidades. Siempre me llamó la atención esa combinación que hacía entre su trabajo como catedrático en la universidad y el tiempo que sacaba para acompañar la parroquia y acompañar al pueblo. Quienes le conocimos sabemos que su oficina en el departamento de ingeniería era muy visitado no solo por muchos de sus alumnos, sino también por personas y organizaciones que sabían encontrar en él siempre el optimismo y la esperanza, y también la experiencia del fracaso o quizá la derrota, pero sin darse por vencido. Yo pienso que su mundo académico, su vivencia como Jesuita y todo lo que eso implica, y su vinculación con la Iglesia local y el pueblo en pie de lucha le mantenía siempre con ese espíritu de los profetas de Dios.

Fue animando y abriendo caminos y vinculando a muchos jóvenes estudiantes de la Universidad y a otros compañeros Jesuitas con la vida del campesinado en la zona de Jayaque en el departamento de la Libertad y así fueron llegando otros compañeros Jesuitas que han quedado marcados por esta experiencia de Dios junto aquellas comunidades. Así recuerdan hoy al Padre Ignacio Martín Baró, entre otros. Nos encontramos también en muchos momentos en la calle, participando de las marchas y protestas del pueblo, y finalmente acompañando las comunidades y repoblaciones de Chalatenango que después de estar fuera de su tierra retomaban el rumbo para forjar desde dentro de la zona chalateca el largo proceso que le diera un nuevo rumbo a los sueños y esperanzas.

En medio de todo este proceso caminamos un buen grupo de jóvenes estudiantes Jesuitas que fuimos tejiendo nuestros lazos de solidaridad con la gente de modo que muchos siempre buscamos como salir para Chalate aprovechando los viajes del Padre Jon.

El Padre Nicolás Alvarenga, compañero jesuita originario de Chalatenango, en la zona fronteriza a las repoblaciones escribía día a día su pequeño diario de campo y no hay semana que no aparezca su referencia al Padre Cortina que sacaba el tiempo desde la Universidad para seguir acompañando las comunidades que hoy lo recuerdan como un Padre muy cercano, muy amigo de los pobres y su lucha.

Me alegra y comparto la inquietud de Ralph y de Ramón por dar a conocer el testimonio del Padre Cortina. Yo no sabía de la existencia de esta entrevista grabada y cuando la leí me dio mucho gusto conocerla porque te acerca al Jon Cortina comprometido con Dios y con la lucha justa de los empobrecidos. Cuando llegó el fin de la lucha armada y la firma de los acuerdos de paz, no dudó en asumir una demanda muy sentida de cientos de familias salvadoreñas marcadas por el dolor, el sufrimiento y la esperanza de encontrar o de saber algo de sus niñas y niños desaparecidos durante la guerra. Y ahí lo tenemos llevando la alegría a muchas familias que veían sus sueños realizados localizando a sus seres queridos.

Cuando le llegó la hora de partir entre nosotros estaba precisamente en esa misión de seguir buscando a los desaparecidos y seguir diciéndole al mundo que la injusticia, la guerra deben desaparecer el planeta porque atropellan lo mas sagrado, que es la vida humana, sobre todo la de los pobres, de los niños y de la humanidad.

He tenido la dicha de estar junto a Pro-Búsqueda y a muchos familiares y pobladores de Chalatenango en las instalaciones de la Fiscalía cuando han sido citados a declarar algunos de los coroneles implicados en el proceso de desaparecimiento de las hermanitas Serrano. Es una conquista

de esa lucha y ojalá un día se haga verdadera justicia. Desde los humildes e indefensos niñas y niños desaparecidos se ha logrado sentar en el banquillo a los soberbios y asesinos de los pobres.

Ojalá que quienes tengan la oportunidad de leer este testimonio lo lean sobre todo dejándose interpelar para ver como seguimos hoy y de cara al futuro a estos compañeros y compañeras, hermanas y hermanos, amigas y amigos mártires de nuestro pueblo; incluyendo obispos como Monseñor Romero, religiosas, sacerdotes, laicos y tantos a lo largo del continente; combatientes que guiados por Dios y por el amor al pueblo supieron darle un sentido nuevo a nuestra existencia. Aunque pase el tiempo nos seguirán acompañando en esta misión desde la eternidad en la construcción de un mundo nuevo con una mesa común y un banquete común como nos recordó con cariño el Padre Rutilio Grande y como decía el cantautor: *“sonarán las campanas desde los campanarios y los campos desiertos, volverán a granar unas espigas altas dispuestas para el pan para un pan que en los siglos nunca fue repartido entre todos aquellos, entre todos aquellos que hicieron lo posible por empujar la historia hacia la libertad. También será posible que esa hermosa mañana ni tú ni yo ni el otro la lleguemos a ver, pero habrá que forjarla para que pueda ser”*

Reflexión de un sacerdote amigo

Por el Padre Tilo Sánchez

Jon Cortina fue un sacerdote con personalidad capaz de hacer sentir eso: el ser sacerdotes; o sea que llevaba consigo algo y mucho de sagrado (sacer) para entregarlo (dote).

Lo conocí cuando pastoreaba junto con el grupo jesuítico de la parroquia de Aguilares. Sin duda alguna, los que trabajamos con la base pobre, campesina, sufrida y comprometida vamos aprendiendo y superando todo lo aprendido en las aulas “escolásticas”. Testigo grande de eso fue el Padre y gran hermano sacerdote Rutilio Grande, quien fue nuestro Maestro en San José de la Montaña. Lo conocimos como profesor... y luego fue nuestro compañero de trabajo en la pastoral... la didáctica cambia. Es la realidad la que enseña, regenta la actividad, y es hermoso ver como un profesor de aula, posteriormente como hermano y compañero de práctica, comparte la vida. Este recuerdo del Padre Rutilio Grande lo uno al recuerdo del Padre Cortina... Los seminaristas veíamos a los “profesores” con esa altura en cuanto edad, comportamiento, conocimiento. Y queríamos especialmente al Padre Cortina por su simpatía y su fraterna sonrisa.



Son muchas las cosas, repito, a poder decir sobre Jon Cortina. Hablaré de tres encuentros que marcaron un camino. El primer encuentro fue cuando, desde Suchitoto, el Padre Jon subía a las faldas del cerro de Guazapa, zona poniente, cantón Las Anonas. Yo estaba trabajando como sacerdote iniciador de la Federación Cristiana de Campesinos Salvadoreños (FECCAS). Y él, habiendo salido de la universidad (UCA), se encontró en este lugar con el empuje “comprometedor” de aquellas comunidades campesinas. Una vez que me entregó unos mensajes, papeles escritos con garabatos especiales, me preguntó como esas comunidades interpretaban de manera radical la doctrina social de la iglesia; y yo bromeando le dije: “que como ellos eran la iglesia, hacia que lo social ingresara en la doctrina al modo campesino”. Se sonrió con su simpática serenidad y me dijo: “tenés razón; así nos enseñan los pobres a nosotros y es bueno aceptar que la razón de los pobres tiene también verdad”.

El segundo encuentro, que recuerdo y quiero testimoniar, fue cuando yo ya estaba acompañando al pueblo en la zona bajo control de la guerrilla de las FPL, en Las Flores y Nueva Trinidad. El Padre Jon siempre estuvo atento a los acontecimientos que vivía el pueblo en las circunstancias más dolorosas, y siempre colaboró en la parte humanitaria de acarrear

medicina, alimentos, correos y otras cosas necesarias para la población, y supongo también para otros niveles de la conducción de la lucha. Fue él que hacía posible que salieran publicados en cartas a las iglesias los testimonios de los protagonistas más humildes de la lucha y estos fueran conocidos. Esta vez nos encontramos en la calle, destruida y llena de monte alto que de Chalate conducía a Guarjila. Iba acompañado de Begoña, una hermana de alegre memoria, y del joven compañero correo. Hablamos de los momentos y de la manera que vivía la población civil en las comunidades enmontañadas.

Es destacada en la entrevista la preocupación que tenía Jon (y que pienso que siempre tuvo) por el sufrimiento de los niños, de los más débiles en aquellas circunstancias. Por seguridad no podíamos prolongar los tiempos de tales “contactos”, pero eran de suficiente tiempo para intercambiar opiniones y visiones sobre varios aspectos. Cortina llevaba y traía correos de los padres y madres que estaban en el frente para aquellos niños que estaban en los refugios en las ciudades: San Salvador, Zaragoza, Santa Tecla y otros. Esos momentos, que para él serían frecuentes, sin duda fueron moviendo lo que posteriormente se convertiría en Pro-Búsqueda.

Se me agolpan muchos recuerdos de mi amistad y relación con el Padre Jon. El tercer encuentro que quiero relatar y que fue un tanto especial para mí fue en una quebrada ubicada al norte del pueblo de La Laguna (arriba de Comalapa, en Chalatenango), camino al Carrizal. Ya habíamos combinado la hora del encuentro y los elementos que teníamos que recibir de su parte. Como siempre: medicina, correo, materiales de estudio, y otros implementos; un paquete un tanto pesado conteniendo cosas para hospital y utilidades ciudadana.

Los encuentros tenían la jovialidad de una alegría fraterna, gran intensidad en compartir noticias y visiones, sobre las concepciones políticas del momento y sobre nuestra iglesia y sobre la actitud de nuestra jerarquía (que no siempre coincide ni con las urgencias populares, ni con la iglesia del pueblo de Dios). Siempre me llevó escritos de política y noticias internacionales. El sabía que eran útiles para todos nosotros en el frente, para iluminar la lucha y el camino liberatorio.

Lo especial del momento es que justo a su subida a ese pueblo de altura (La Laguna), también iban subiendo largas columnas del ejército gubernamental. El ruido de los aviones y helicópteros ya era notorio y sus palabras de animación y su expresión de solidaridad se le notaban en su mirada, en sus cejas y en las arrugas de su rostro. Entre sonrisas y abrazos le dije: “no se preocupe hermano, nosotros aquí en la montaña estamos más seguros que ustedes que vuelven indefensos (a la ciudad)”. El me respondió: “gracias... vos siempre tenés palabras, como si la cosa no fuera tan seria”. Y le dije: “es que lo que usted anda haciendo es tan serio

y tan importante para nosotros que, si se va, seguro que lo que trajo es importante, sabe que su sacrificio vale más de lo que piensa”. Y Begoña dijo: “es verdad Jon, por tu valentía, a pesar de los soldados que dejamos allá abajo, decidimos venir hasta aquí, a pesar de todo”.

La despedida fue rápida, pero serena y lleno de mucho corazón.

Jon de Cortina siempre fue así, sereno con todo su rostro desde las arrugas de la frente y sus mechones superiores, sus cerradas cejas y su sencilla sonrisa.



Jon, un maestro, un compañero, un amigo

Por Francesc Angel

Conocí a Jon en agosto del año 2000 en San Salvador, por pura casualidad, como pasa con las cosas importantes de la vida. Nuestro grupo se hospedaba en El Despertar, donde Jon vivía acompañando a Miguel Campbell, párroco de San Antonio Abad.

Estábamos charlando en la noche, compartiendo todo lo que la visita a El Salvador nos estaba impresionando (los mártires de la UCA, Romero, la pobreza, la injusticia, la lucha,...). Jon supo que un joven jesuita andaba con el grupo y, tal como me confesó, decidió sacar la nariz para ver como respiraba. Recuerdo una charla larga, intensa, cálida, profunda. De repente aquel jesuita que había vivido con los mártires, que había trabajado con Romero, abría su vida como un libro. Y empezó a hablar de la guerra, de los niños robados, de Pro-Búsqueda, de la UCA y, como no, de Guarjila, su pequeña comunidad campesina donde pasaba los fines de semana. Y la conversación acabó con un: “Vengan mañana a Guarjila a conocer”.

Aquí empieza un viaje junto a Jon que continuo haciendo aun a pesar de saber que en este momento Jon nos acompaña de otra forma. En este viaje lo más importante ha sido el “conocer” que Jon me propuso. Mucha gente en España ha tenido la oportunidad de conocer El Salvador y sus gentes gracias a Jon. Este escrito quiere ser un recuerdo agradecido a Jon por haber compartido su vida con nosotros y por habernos acercado a esas realidades.

Jon nos ayudó a conocer a la Compañía de Jesús y a conocer a Romero y su causa.

Jon era un buen jesuita, que dejó su tierra de muy joven, para vivir con la gente de El Salvador. Su vida en la Compañía de Jesús transcurrió mayoritariamente en Centroamérica, en El Salvador, aunque parte de su formación la hizo en Loyola, Ecuador, Madrid, Alemania y Estados Unidos. Jon vivió la universalidad de la Compañía, como una riqueza, una apertura de horizontes, aunque nunca dejó de sentirse vasco ni salvadoreño. Hablar con Jon sobre su trayectoria como jesuita era como disponerse a contemplar la vida en plenitud de vaivenes, en los que Jon se vio envuelto. El jesuita, catedrático de la UCA, descubrió al pueblo de la mano de Rutilio, de Romero, de Ellacuría, de Montes,...Y la mirada hacia el pueblo que sufre, la solidaridad con esa gente y sus vidas, hicieron que el corazón de Jon se vinculara definitivamente con el pueblo salvadoreño.

Jon aprendió a convivir con el pueblo, especialmente con los campesinos. Como decía él: “los pobres me han evangelizado”. Esos pobres que, sin saber leer ni escribir, en sus eucaristías tomaban la palabra para hacer una lectura creyente de su historia. Esas mujeres campesinas que durante las ofensivas militares en el campo le protegieron. Esas gentes que durante los días de su enfermedad hicieron ayuno, y luego velaron durante horas sin interrupción su cuerpo.

Jon nos mostró cómo se vivía plenamente la vida como jesuita, tanto en el ámbito universitario de la UCA, el “súper ingeniero” civil, como en las comunidades campesinas más pobres, el pastor.

Desde su cátedra de la UCA, Jon invitó a sus alumnos a mirar el país con unos ojos diferentes a sentir que la ingeniería civil podía mejorar las condiciones de vida del pueblo. Y muchos estudiantes le hicieron caso, fueron y conocieron, y también lloraron su muerte, agradeciendo la posibilidad que Jon les había dado de mirar a su entorno.

Jon entendió que su misión como jesuita era acompañar en la fe y defender la justicia, dos dimensiones inseparables e irrenunciables, que no hay fe sin justicia, ni justicia sin fe.

Lo aprendió de Rutilio Grande, primer jesuita asesinado en El Salvador en el año 1977 por defender a los campesinos. Jon sintió que acompañar la fe del pueblo era acompañar su suerte, su historia, su llanto y sus ganas de transformar la realidad.

Cuando asesinaron a Rutilio, Jon se puso a disposición de Monseñor Oscar Romero, obispo de San Salvador, amigo de Rutilio, para acompañar pastoralmente a los campesinos de Aguilares. Jon fue uno de los testimonios del proceso de conversión que vivió Romero. Un obispo que provenía del mundo de la teología, y que se convirtió en un pastor del pueblo sufriente, voz de los sin voz. Oír hablar a Jon sobre Romero, era descubrir que para Jon, Romero fue un maestro, un amigo. Con Romero Jon descubrió aún más al pueblo, ya que la figura de Romero se convirtió en una viva imagen de lo que las gentes de El Salvador estaban viviendo. Jon aprendió a denunciar la persecución y la tortura que el ejército ejercía sobre los campesinos, a destapar la verdad, desenmascarar al poderoso. Romero fue un buen pastor. Y una vez más, el justo es asesinado por defender al pobre y oprimido, y Jon vivió con tristeza el asesinato de Romero el 24 de marzo de 1980. Esta muerte le revolvió su interior, le confirmó en su voluntad de denunciar la injusticia, de acompañar, de seguir adelante. Venía la época de la guerra que sería muy dura y cruel, como todas las guerras. Jon compaginaba su trabajo en la UCA con el acompañamiento pastoral de las comunidades, las visitas a los refugios de guerrilleros. Contada por él, esa etapa debió ser apasionante, pero sin

duda muy dura, y en la cual Jon tuvo que acostumbrarse a convivir con la muerte violenta. Jon hablaba de ese tiempo como una época en la que los valores más fundamentales de la persona humana y de la convivencia se vieron puestos a prueba y finalmente afianzados. Sus grandes amigos, campesinos y guerrilleros, eran todos de esa época.

Sin duda el momento más duro para Jon en ese tiempo fue el asesinato de sus compañeros jesuitas de la UCA, el 16 de noviembre de 1989. Jon se encontraba acompañando a la comunidad de Guarjila cuando los asesinaron, y eso fue lo que salvó su vida. A Jon se le desgarraba la voz cuando explicaba ese momento de su vida, compartía de cerca el dolor de su pueblo. Su sentimiento de jesuita arraigó con fuerza con la ayuda del recuerdo y memoria de sus compañeros. También se reforzó su relación con la gente de Guarjila, que le ayudaron a hacer el duelo, y desde aquel momento se convirtió en su comunidad.

Jon vivió la vida intensamente, con todas sus consecuencias. Jon también vivió algunas veces la incomprensión de la propia Compañía, que no aceptaba fácilmente entre los suyos a aquellos que decidían arriesgar hasta la propia vida por acompañar a las comunidades. Jon vivió también la soledad, el no sentir en muchas ocasiones el apoyo de los suyos, los silencios institucionales, las falsas prudencias.

Era la misma Compañía en la que tenía a sus mejores amigos, los mártires de la UCA. Jon vivía el espíritu de San Ignacio, el “cojito” como lo llamaba él, se sentía orgulloso de ser jesuita y vivir como tal, a pesar de las dificultades. Hablaba de encontrar a Dios en todas las cosas, o de que Dios nos había puesto en el mundo para actuar. Jon se creyó a fondo el Evangelio, y ese Evangelio se hizo historia con él.

También nos enseñó con su vida que el estilo de Jesús era su estilo, con los pobres y oprimidos, acompañando, con ternura y compasión, con cariño. Jon nos hizo a todos un poco más creyentes en un Dios hecho hombre, hecho uno de nosotros.

Jon nos ayudó a conocer Guarjila, su pequeña comunidad campesina, hoy renombrada como Comunidad Jon Cortina.

Hablar de Jon es hablar de Guarjila. Ninguno de los dos se entiende sin el otro, y por eso Guarjila ha cambiado su nombre, para mantener vivo el recuerdo. En Guarjila nace Pro-Búsqueda, ahí Jon recoge el lamento de las madres que vieron desaparecer a sus hijos. Allí empieza esa aventura de Pro-Búsqueda en la que Jon verá inmersa toda su vida desde ese momento. El secuestro, robo, desaparición forzosa del inocente, ese delito cometido por mandato de los oligarcas del país y ejecutado por el ejército. La lucha por la justicia tiene nombre y se llama Pro-Búsqueda. Desde Guarjila se vive cada reencuentro de un desaparecido

con su familia como si fuera de la propia comunidad. Es la solidaridad del pobre, del honesto.

Pero Guarjila además tiene una clínica comunal, que fue construida por Jon en tiempo de guerra y asistida por Ana Manganaro, religiosa americana que vivió en Guarjila y murió posteriormente, amiga de Jon, compañera en el trabajo por la justicia. Un proyecto sanitario de atención a los pobres de la zona, perseguido por el gobierno, por haber atendido no sólo a población civil sino también a guerrilleros. Jon hasta el último momento estuvo apoyando ese proyecto al cual se sentía vinculado especialmente.

Guarjila tiene también una escuela de primaria, proyecto comunitario llevado por maestros populares, que aprendieron a hacer de maestros durante el tiempo de guerra. Hoy siguen trabajando para que los niños y jóvenes de Guarjila tengan acceso a la educación. También esos maestros estaban en las conversaciones de Jon, por el valor de educar en tiempo de guerra y de seguir haciéndolo a pesar de la falta de apoyo por parte de el gobierno salvadoreño.

Guarjila es una comunidad que se estructuró gracias al acompañamiento de Jon, y que ha luchado por salir adelante a pesar de todas las dificultades. Son gente cuya fuerza nace de la profunda inocencia y generosidad, y eso les hace valientes y peligrosos para el gobierno.

Guarjila tiene la casa de Jon, un lugar desde el cual se ve el valle del Sumupul, río martirial donde 600 mujeres y niños campesinos fueron asesinados en 1980, y que tiene un puente construido por Jon. En esa casa hemos tenido la oportunidad de conocer a Jon, en su acogida, en su hablar de los suyos, en la gente que le venía a visitar, en los guarjileños que nos explicaron su vida, en la lluvia intensa como la vida misma, en el silencio, ese silencio que hoy debe hablar de todo lo vivido en ella.

Muchos hemos tenido la oportunidad de estar allí con Jon y su gente, de pasar un mes con ellos, trabajando con la gente de Guarjila, viviendo con ellos, aprendiendo de ellos. Es mucha la vida que hemos recibido de allí. Y eso nos ha vinculado a Jon, a aquella gente y a esa tierra. Y por eso desde aquí, cada uno desde donde está, ha intentado mantener ese recuerdo vivo, y convertirlo en lazo de solidaridad.

Nos queda mucho por hacer, pero sabemos que es lo menos que podemos hacer para devolverle a Jon y su gente todo lo que hemos recibido.

Jon nos ayudó a conocer, y conocimos. Ahora Jon nos acompaña desde lejos, pero sabemos que el viejito, como le llamaban en Guarjila, seguirá sumando años a su juventud acumulada junto a nosotros.

¿Qué hemos aprendido de Jon Cortina?

Para cada uno de nosotros Jon era el amigo, el compañero, el Padre, el maestro, el defensor de la justicia el seguidor de Jesús.

A muchos de nosotros Jon nos enseñó a querer la tierra de El Salvador, especialmente a su gente, los campesinos. Jon nos mostró cómo vivir la vida intensamente, generosamente, sin falsas prudencias, auténticamente. Con él aprendimos a comprometernos en la lucha contra la injusticia y la impunidad, aprendimos a desenmascarar a aquellos que se aprovechan de los otros, que utilizan el poder en beneficio propio. Con él vivimos la solidaridad y la construcción de un mundo mejor. Con él padecemos la dificultad, el engaño, la falsedad y la manipulación. Con él comprendimos que el evangelio de Jesús es buena noticia para los pobres y oprimidos, que Dios apuesta por la vida del débil, que la paz se construye luchando por ella. Jon fue todo esto y mucho más para cada uno de nosotros.

Jon, como jesuita, nos enseñó otra forma de vivir la vida religiosa y el sacerdocio, desde la gente y para la gente. Nos enseñó a querer a la gente de Guarjila, a compartir con ellos sus proyectos, sus ilusiones y sus dificultades. Jon nos hizo conocer la importancia de la educación a través de los maestros populares de Guarjila y de su escuela, la salud a través de todo el equipo de la clínica de Guarjila. Jon nos permitió celebrar y compartir la fe con la gente de Guarjila, en aquella capilla que tanto significaba para él por lo vivido en tiempo de guerra. Esa capilla que la comunidad de Guarjila ha querido que sea hoy un monumento en recuerdo suyo y de tantos que cayeron o desaparecieron durante la guerra. Jon nos presentó a su gente, esos que nos siguen llamando “los amigos del P.Jon”. Gracias a Jon hemos estado en sus casas, hemos compartido momentos de alegría, y también el dolor por su ausencia, un dolor que siempre ha ido acompañado de agradecimiento, porque él fue quien nos unió, y él es el que sigue manteniéndonos unidos, mirando hacia delante.

Jon nos acercó a los familiares de niños desaparecidos y a los jóvenes reencontrados de Pro-Búsqueda, nos enseñó la importancia de defender sus derechos, de denunciar a los culpables de esos robos de identidad. Gracias a Jon conocimos ese sufrimiento a través de los familiares, y conocimos también la alegría del reencuentro a través de los jóvenes.

Jon Cortina supo llevar la causa de la justicia fuera de El Salvador (Estados Unidos, Europa,..). Recibió numerosos reconocimientos por su compromiso con la defensa de los derechos humanos, desde el trabajo que promovió en Pro-Búsqueda.

El año 2000 obtuvo el Premio Memorial por la Paz “Josep Vidal y Llecha” en Tarragona (España). El año 2004 fue testigo en el juicio por

el asesinato de Monseñor Romero que se realizó en Fresno (California). El año 2005 recibió el Premio Fundación por la Justicia en Valencia (España). También en el año 2005 fue honrado con el “Sable de San Ignacio” de la Universidad de Saint Louis (Missouri), máximo reconocimiento institucional de la Universidad. Hasta incluso después de su muerte, Jon ha continuado estando presente en esos reconocimientos, siendo el último el Premio Jaime Brunet 2007 pro Derechos Humanos, en Navarra (España).

Toda esta trayectoria nos muestra la importante tarea de Jon en la difusión de la lucha por las causas de justicia de El Salvador: las niñas y niños desaparecidos, la injusta distribución de riqueza en el país, la corrupción, la violencia estructural. Era infatigable en sus viajes, y nunca perdía la ocasión de mover las conciencias de aquellos que le escuchaban. Hablaba sin miedo, claramente, denunciando a los culpables de esas injusticias, emocionándose con el recuerdo de las víctimas. Transmitía la pasión que vivía por la gente de El Salvador. Jon fue un gran comunicador de una vida vivida intensamente, una vida comprometida y compartida con un pueblo.

En España Jon era muy conocido por los medios de comunicación, ya que en cada visita que hacía tenía la capacidad de reservarse un tiempo para atender a los periódicos, emisoras de radio y canales de televisión. Le conocían porque su testimonio era directo, llegaba a la gente. Su pasión por el pueblo sencillo, su agradecimiento a los hombres y mujeres con los cuales compartió las ilusiones de construir otro “mundo posible”. Siempre su objetivo fue dar a conocer la lucha por las niñas y niños desaparecidos, explicar la vida de El Salvador y la lucha del pueblo salvadoreño por salir adelante, por construir una nueva sociedad más justa y solidaria. Jon promovió con su vida y testimonio la recuperación de la memoria histórica de El Salvador. Quiso devolver a sus gentes lo que recibió de ellos y recordar que la lucha por la justicia y la solidaridad sigue teniendo sentido.

Jon estableció contactos con muchas asociaciones y organizaciones internacionales de cooperación y solidaridad. Conseguía apoyo de todas ellas y creaba redes de colaboración entre ellas. Nos enseñó que la solidaridad fluye cuando somos capaces de compartir nuestro proyecto con otros.

Jon hizo que, junto a otros amigos de Barcelona, nos embarcáramos en apoyar desde nuestra tierra a la comunidad de Guarjila, y los proyectos y causas que él defendía. Por eso constituimos el “Grupo de Solidaridad Jon Cortina”.

Jon nos habló de Romero, de sus amigos y compañeros, Rutilio Grande y mártires de la UCA. Y nos hizo descubrir el recuerdo vivo de ellos en el pueblo, su testimonio presente en el compromiso de quienes los conocieron y de quienes han seguido su camino sin haberles conocido.

Jon nos ha dejado el testigo de perseguir la defensa de la verdad, y la reparación del daño causado injustamente. Jon nos ha descolocado, nos ha dejado ante la responsabilidad de continuar la tarea, siguiendo su camino.

Hoy el recuerdo vivo que yo tengo es el de Jon, que desde el jardín de su casa de Guarjila, me mira sonriendo y me anima a seguir caminando, queriendo y apoyando todo lo que él quería, con su gente.

Jon decía: “yo no soy viejo, sólo tengo juventud acumulada”. Jon, además de juventud acumulada, tenía fe en Dios y en el pueblo, y amor por la justicia, acumulados en un corazón que quiso compartir con los que le conocimos.

Recordamos, con todo corazón y agradecimiento, todo lo que Jon supuso para los que tuvimos la suerte de conocerlo. Con él nos sentíamos acompañados, protegidos, consolados, reforzados y enviados a “destapar la verdad y practicar la justicia”. Jon nos enseñó a vivir la vida con esperanza, confiando en que la lucha de hoy es buena para nosotros y para los que vendrán detrás de nosotros. También la lucha de Jon fue buena para nosotros, para los que “todavía cantamos, pedimos, soñamos y esperamos”. Sabemos que Jon nos marcó el camino por el que tenemos que seguir, sabemos que él va delante, para hacer que nuestro camino sea más fácil, más iluminado, más esperanzado. Vienen tiempos importantes para El Salvador, tiempos en los que la suerte de los campesinos y de la gente pobre y sencilla del país, puede dar una vuelta. También va a estar Jon acompañando ese tiempo que tiene que ser un tiempo de esperanza, desde el compromiso y la acción.

Jon nos enseñó a comprometernos, a dar lo mejor de nosotros mismos.

Que el recuerdo de Jon nos de a todos fuerzas para seguir caminando, como hombres y mujeres de bien que luchan por construir un mundo más justo y solidario.



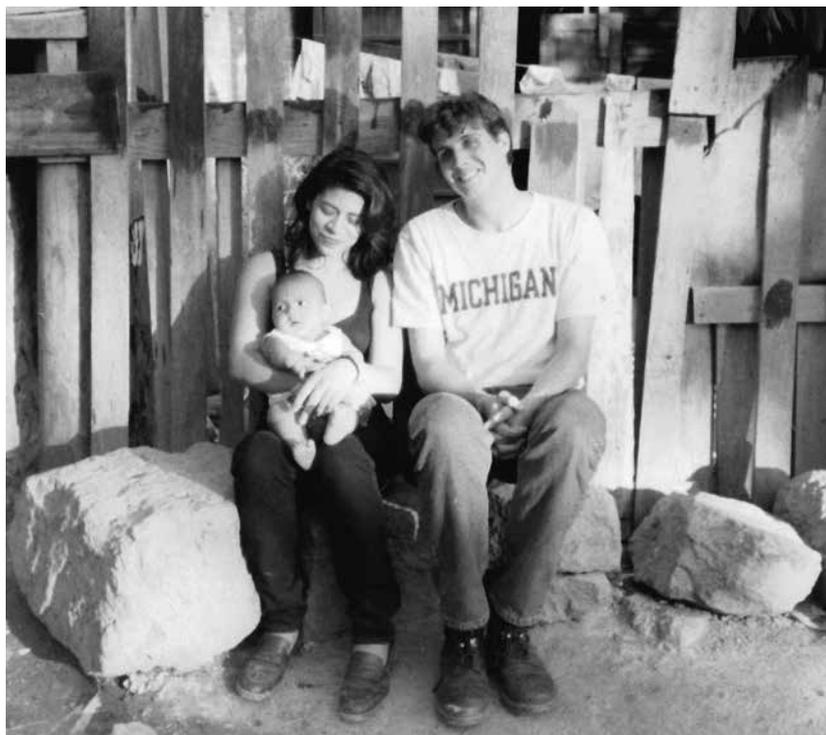
Jon con combatientes del FMLN en un lugar del departamento de Chalatenango.

“Siento una especie de impotencia por no poder hacer nada para que haya una verdadera justicia; y también desencanto, porque después de una guerra tan larga, con tanto derramamiento de sangre, no llega una paz que merezca la pena. Parece sangre mal gastada. La impunidad sigue ahí, parte de nuestro trabajo es acabar con ella” . P. Jon Cortina

Compañero Rafael
¡Hasta la Victoria Siempre!



Rafa con su hijo Simón.



Rafa con muchacha campesina.



Rafa recogiendo testimonios fotográficos con población campesina.



“Esta noche nos toca decir adiós, soltar lo que queremos. Nos quedan tus palabras, habladas y escritas, tus abrazos cotidianos, tu sonrisa calidad, esa que nos desarma los argumentos, tus ojos claros que nos enamoraron. Nos inspira tu impulso, tu fuerza de mirar desde diferentes lados para darle razones de vida a este mundo. Nos resguardan tus abrazos, tu capacidad de amar sin condiciones, tu bondad y sencillez. Nos dejas tu compromiso para inventar un mundo mejor, para pensar y descifrar las aristas de la vida”.

Ralph Sprenkels (09.03.69 -14.09.19)

Lidice Michelle Melara Minero, Simon Sprenkels y Tamara Sprenkels.



25
ProBúsqueda

La Asociación Pro-Búsqueda lamenta la partida física de:

Ralph Sprenkels

Querido amigo y compañero de la Asociación, entrañable defensor de la memoria histórica y un profesional comprometido con las víctimas del conflicto armado, que acompañó nuestra lucha junto al padre Jon Cortina.

“Existen personas que pasan por la vida cambiando las de otros, esas son las personas que siempre estarán con nosotros”.

San Salvador, 14 de septiembre de 2019



